

L. MARCHAND, CADENAS Y GUTIERREZ ROIG

I PADRE NO ES FORMAL

COMEDIA EN TRES ACTOS

50 CÉNTIMOS



MI PADRE NO ES FORMAL



Cadenas
y Gutiérrez Ro

84

JOSE JUAN CADENAS
ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

MI PADRE NO ES FORMAL

COMEDIA EN TRES ACTOS EN COLABORACIÓN CON L. MARCHAND

Estrenada en el teatro Avenida, de Madrid, el día 5 de julio de 1928.



LA FARSA

AÑO II 14 DE JULIO DE 1928 NÚM. 45

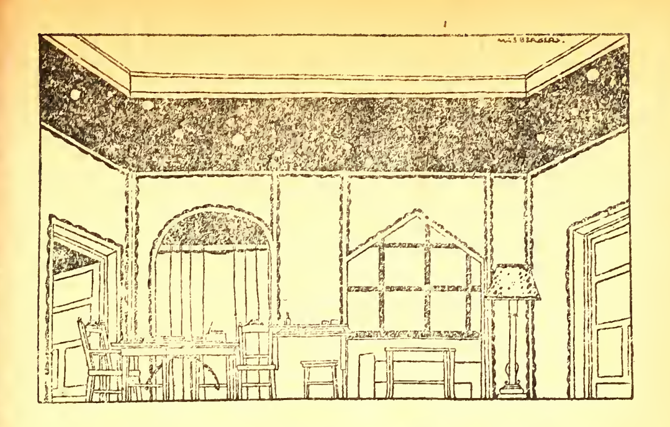
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
IRENE	Isabel Barrón.
PAQUITA	Florentina Montosa.
MARCELA	María Rosa Frías.
LA MECANOGRAFA	Elisa Muñoz-Cobo.
LUCIANO	Francisco Alarcón.
GERARDO	Manuel París.
ESTEBAN	Fernando La Riva.
EL REVERENDO HOLIDAY	Joaquín Regález.
JULIAN	Antonio López.
UN CABALLERO	Toribio Tomé.

La acción de la obra se desarrolla en París.

Epoca actual. Derecha e izquierda las del artista.



ACTO PRIMERO

Un salón-biblioteca alegremente amueblado. La puerta principal estará en el foro, a la izquierda. Puertas a derecha e izquierda. Un *bureau* en el segundo término izquierda. En los estantes, libros. En un rincón, en el foro, mesa de dibujo, con planos, compases, reglas, etc., etc. Un aparato de teléfono.

ESCENA PRIMERA

JULIÁN y UN CABALLERO

(Ambos estarán fuera de escena. Se les oirá hablar. Un momento antes de levantarse el telón se oirá rumor de voces como si disputaran. Cuando el telón se ha levantado, las voces se oirán dentro, más claramente. En seguida saldrán LUCIANO *e* IRENE.*)*

UN CABALLERO.—No está nunca... Siempre me dicen lo mismo: ¡Que vuelva! Que vuelva... Esto es inaguantable.

JULIÁN.—Qué quiere usted que yo le haga... *(De pronto, Julián se asoma a la puerta y rápidamente la cierra, ahogando el ruido de las voces. Un instante después aparece* LUCIANO *por la derecha. Lleva de la mano a* IRENE, *que tendrá en la otra mano una gran muñeca. Ambos caminan sobre las puntas de los pies, y alargando las orejas para oír algo de la discusiónn de fuera. Luciano es un hombre de treinta y nueve*

años, pero apenas representará veinticinco. Algunas canas e[n] las sienes. Irene tiene diez y nueve, pero parece una chiquill[a] de diez y seis años. Los dos se ríen, procurando ahogar la[s] carcajadas para no ser oídos. Una pausa. Escuchan.)

IRENE.—Me parece que se ha largado...

LUCIANO. *(En voz baja.)*—¡Calla!

IRENE.—Ya no se oye nada...

LUCIANO.—Sí...

IRENE.—Pero bueno... Después de todo... ¿por qué no l[e] recibes?

LUCIANO.—¿Un acreedor? ¿Para qué? Esas gentes tiene[n] muy poca conversación...

IRENE.—Suéltame la mano, que me está picando la nariz.

LUCIANO.—Aguarda... Yo te rascaré... *(Frota su nariz co[n] la de Irene.)*

IRENE.—¡Cuánto te quiero, Luciano!

LUCIANO.—¡Chist! *(Irene se tapa la boca con la mano. Sue-na el timbre del teléfono. Luciano le manda callar también.)* ¡Chist! ¡Chist! *(Sigue sonando el teléfono. Luciano coge do[s] almohadones y los arroja sobre el aparato. El teléfono conti-núa sonando.)*

IRENE. *(Bajo.)*—Vale más que le descuelgues...

LUCIANO. *(Le descuelga y escucha.)*—Es Esteban.

IRENE. *(En voz baja.)*—¿Qué quiere?

LUCIANO. *(Siempre en voz baja.)*—¿Qué quieres, hombre? *(Una pausa.)* No me oye...

IRENE. *(Riendo. Bajo.)*—¡Claro! ¿Cómo te va a oír...?

LUCIANO. *(Siempre en voz baja.)* No puedo hablar más alto... *(Al teléfono.)* Tengo un acreedor en el recibimiento... ¡Un a-cre-e-dor! *(A Irene.)* Este hombre es sordo, palabra. *(Al teléfono.)* ¡Un a-cre-e-dor!... ¡Vete a paseo! *(Cuelga e[l] aparato y éste empieza a sonar. Vuelve a descolgarle y dic[e] en alta voz.)* ¡Que te vayas a paseo! *(Gritando.)* A paseo, sí... ¡A paseo! *(Cuelga el aparato.)*

IRENE.—Pero ahora te habrá oído este otro...

LUCIANO. *(Impaciente.)*—Bueno, pues que me oiga... Me da igual. Además, ya comienza a molestarme a mí este tapicero... Verás... Ahora mismo le voy a tirar por la escalera... ¡Ea! Ya me he cansado yo...

IRENE. *(Extasiada.)*—¡Tontón! ¡Cuánto te quiero! ¡Qué va-liente eres!

LUCIANO. *(Decidido.)*—Vaya, hombre... Pues no faltaba más... *(Va a la puerta del foro, la abre de par en par y grita.)* ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Quién grita?... ¡Vamos a ver!...

JULIÁN. *(Apareciendo.)*—Era el tapicero...

LUCIANO.—¿Se ha marchado ya?

ULIÁN.—Sí, señor...
LUCIANO.—¡Lo siento, porque me iba a oír!...
ULIÁN.—Debe estar todavía en la escalera. Si quiere el or que le llame...
LUCIANO.—¡No! ¡No!
ULIÁN.—Por más que no tardará en volver... Es como el ctricista... y el fontanero... y el pintor... y el hombre de calefacción...
IRENE.—¿Y qué? El señorito es arquitecto... Es muy natu- que vengan a verle los operarios...
JULIÁN.—Sí, señorita, sí... Si eso es precisamente lo que ieren todos... Verle...
LUCIANO. *(Dignamente.)*—Bien, bien... Ya nos veremos... iora, desaparezca usted...
JULIÁN.—Sí, señor. *(Vase.)*

ESCENA II

IRENE y LUCIANO.

LUCIANO.—¡Uff! Gracias a Dios que nos dejan tranquilos...
IRENE.—¿Estás cansado, Tontón?
LUCIANO. *(Bostezando.)*—¡Mucho, amor mío!
IRENE.—¿Qué quieres que te dé? ¿Una novela? ¿Una copita licor? ¿Mi muñeca?...
LUCIANO.—Un abrazo.
IRENE.—¡Oh! De eso tengo grandes reservas en depósito... *Le abraza.)* Pero tú estás fatigado... Vamos a ver... ¿Por ié estás fatigado? *(Se ha sentado sobre sus rodillas.)*
LUCIANO.—Porque el lunes... y el martes... y el miércoles... ayer nos hemos retirado al amanecer... Porque he abusado n poquito del *champagne*... Y también porque me casé hace es meses... *(Irene trata de taparle la boca con la mano. uciano se la besa.)* Y porque, ¡claro!..., tú te has casado con n viejo...
IRENE. *(Amorosa.)*—¡Pobrecito Tontón!
LUCIANO.—Irene... Veo que no te inspiro el menor respeto...
IRENE.—Porque eres un loco..., un aturdido..., un chiqui- cuatro...
LUCIANO.—Gracias... ¡Boba! Y a todo esto, no sabemos si Esteban nos traerá los trajes...
IRENE.—No te preocupes... Esteban es idiota, pero pun- ual... Y, además, es tu amigo.
LUCIANO.—Intimo, es verdad... Nos conocemos hace veinte años, y somos inseparables.

IRENE.—¡Ya, ya! Con él habrás hecho tú todas tus con-
tas, ¿eh?... De fijo que ha conocido a todas tus novias.
LUCIANO. *(Amenazándola cómicamente.)*—¡No vuelvas
andadas!...
IRENE.—Me gusta hablar de tus novias...
LUCIANO.—Eso, se dice... pero no se siente.
IRENE.—Te equivocas... Yo no tengo celos del pasado.
mos a ver... Dime a qué edad tuviste tu primera novia.
LUCIANO.—¡A los nueve años!
IRENE.—¡Mira que te pego! *(Pausa.)* ¿Qué te crees tú
lo sé.
LUCIANO.—¿Que tú sabes? ¿Qué?
IRENE.—¡Todo! Esteban me lo ha contado todo! ¡Todito
LUCIANO.—¡Santa curiosidad! ¿Qué te habrá contado
estúpido?
IRENE.—¡Todo! ¡Cuando te digo que todo! Yo hubiera
ferido oírtelo contar a ti... Pero, en fin, como no has queri
Mira, tu primera aventura amorosa fué una baronesa... ¿
dad que sí? ¿Era baronesa? ¿Auténtica?
LUCIANO.—Creo que sí... Bueno. ¿Ha terminado ya el
men?
IRENE.—Y después...
LUCIANO.—¡No seas pesada, Irene!
IRENE.—Pero si es igual que no me lo digas... Si lo
Después tuviste una cantante de *music-hall*... gorda,
gorda...
LUCIANO.—¡No hay que exagerar!
IRENE.—A los diez y siete años conquistaste a una bail
na inglesa... Una gran pasión, según parece... A los die
ocho, tres *cocottes*... A los diez y nueve...
LUCIANO.—Oye... ¿Te parece que pongamos una placa
los nombres y las fechas? Vamos, déjate de historia a
gua... Son las cinco, y debemos ir preparándonos... ¿Te sa
los cuplés?
IRENE.—Estuve estudiándolos en el baño... ¿Crees que
taré bien?
LUCIANO.—¡Estarás estupenda! En casa de los Levy se
unirá esta noche todo París... Lo menos, doscientos invita
IRENE.—¡Qué miedo me va a dar! Y tengo que cantar t
cuplés... ¡Me muero! Dime, ¿y qué haremos luego?
LUCIANO.—Después hay cena de última hora, en casa
los Ricordier... Cuando volvamos a casa estaremos rendid
IRENE.—Seguramente... *(Pausa.)* Dime... ¿Qué vas a ha
mañana por la tarde?
LUCIANO.—¿Mañana? ¡Ah! Sí... Tenemos la cena con E
rique y su señora... Acuérdate...

IRENE.—Es verdad... Entonces, pasado mañana no sales...
LUCIANO.—No salgo... Es decir, sí... Es lunes. Estoy citado con dos clientes probables... No puedo faltar...
IRENE. *(Preocupada.)*—¡Ah!
LUCIANO.—¿Qué te pasa?
IRENE.—No es que me queje de que salgas sin mí... Lo que me parece es que te olvidas del trabajo...
LUCIANO.—¿Eh?
IRENE.—De eso... De eso... De aquéllo... *(Señalando la mesa y los chismes de dibujo.)* De las casas que debe edificar mi querido arquitecto...
LUCIANO.—En esta época, el trabajo está paralizado.
IRENE.—¿Sí, eh? ¿Sabes tú cuánto dinero nos queda en la cuenta corriente de Banco?
LUCIANO.—Debemos tener un gran crédito.
IRENE.—Mira, Tontón... Hay veces que me pregunto si, en el fondo, estás en tu juicio...
LUCIANO.—Sí... En el fondo, muy en el fondo, sí... *(Cogiéndola.)* Pero vamos a ver, ¿es verdad? ¿Sientes que salga sin ti?
IRENE.—No... Pero tienes que ser formal. Hay que trabajar. ¿Lo oyes? A ver si encuentras un cliente que te encargue un trabajo... o dos...
LUCIANO.—¿Tú me quieres?
IRENE.—Es lo único que sé hacer. *(Suena el timbre dentro.)*
LUCIANO.—Han llamado... Algún idiota.
IRENE.—Valiente animal será.
LUCIANO.—Algún estúpido...
JULIÁN. *(En la puerta del foro.)*—El señorito Esteban.
LUCIANO.—¡Que pase ese avestruz!

ESCENA III

IRENE, LUCIANO y ESTEBAN.

ESTEBAN. *(Cargado de paquetes.)*—¿Eran para mí esos piropos?
IRENE.—¡Ay! Nos ha...
LUCIANO.—Ya lo ves... Nos ha... *(Sin reparar en Esteban.)* Trae aquí... *(Le quitan los paquetes.)*
ESTEBAN.—¡Bendito sea Dios! Qué chiquillos sois... Hola, Irene.
IRENE.—Hola, Esteban...
LUCIANO.—¡Cuidado que has tardado! ¡Eres una tortuga!
ESTEBAN.—Pues he tenido que hacer tiempo... El modisto me hizo esperar una hora.

IRENE. *(Que ha abierto los paquetes.)*—¡Ay, mira, mir... Qué cosas tan bonitas... Son preciosidades... Me lo voy ... probar todo ahora mismo... Ahora mismito... Vengo en segu... da. *(Vase con los paquetes izquierda.)*

ESCENA IV

LUCIANO y ESTEBAN.

LUCIANO.—¿Qué quieres beber? Whisky... cocktail... g... nebra?

ESTEBAN.—¡Pche! Dame un poco de whisky.

LUCIANO.—No hay... Pero tenemos Oporto...

ESTEBAN.—Bueno... *(Mientras Luciano le sirve.)* ¡Ah! H... pagado estos trajes... Me debes mil francos.

LUCIANO.—Bien...

ESTEBAN.—Con los dos mil que te presté, hacen...

LUCIANO.—Ya me lo dirás a primero de mes.

ESTEBAN. *(Bebiendo.)*—¿Te has quedado limpio?

LUCIANO.—Así parece... ¿Quieres más Oporto?

ESTEBAN.—Pero yo me pregunto... ¿Qué haces tú con ... dinero?

LUCIANO.—Mira que eres indiscreto... Yo sé bien lo qu... haría con el dinero, si lo tuviera...

ESTEBAN.—¿Te parece poco el que tienes?

LUCIANO.—¡Valiente cosa! Dos mil quinientos francos men... suales que cobro yo. Y otros dos mil quinientos que dan ... Irene sus padres... Total, cinco mil...

ESTEBAN.—¡Pero tienes un ayuda de cámara!

LUCIANO.—¡Claro que tengo un ayuda de cámara! ¿Po... qué no voy a tener un ayuda de cámara?

ESTEBAN.—Y pagas doce mil francos de casa...

LUCIANO.—Justamente.

ESTEBAN.—Y no te privas de nada.

LUCIANO.—Exageras... Nosotros sabemos reducirnos... Y... ves... Queríamos tener un piano de cola; pero como no pode... mos... pondré un clarinete encima de un almohadón.

ESTEBAN.—Eres igual que cuando tenías diez y siete años... No has variado.

LUCIANO.—Y hasta ahora no voy mal.

ESTEBAN.—¡Y si trabajaras! Porque, según dicen, tiene... talento.

LUCIANO.—¿Quién dice eso?

ESTEBAN.—No sé. Yo te lo he oído decir a ti.

LUCIANO.—¡Qué idiota eres! Trabajar... Trabajar... Per... si no hago otra cosa.

TEBAN.—¿Tú? ¿En qué?
CIANO.—En agradar a mi mujer para demostrarla que e equivocó al casarse conmigo.
TEBAN.—Te digo que eres el mismo. Tu pobre padre te-razón cuando exclamaba: "Luciano será siempre un chi-o y un juerguista."
CIANO.—Pero añadía: "La culpa es de las relaciones que ene con imbéciles y ociosos como Esteban."
STEBAN. *(Molesto.)*—No es verdad. Tu padre era un poco co, pero muy inteligente.
CIANO.—Pues por eso mismo.
ENE. *(Dentro.)*—¡Ay! ¡Qué lindo! ¡Qué cosa tan bonita!
CIANO.—Ven para verte.
ENE. *(Dentro.)*—Tú, sí. Pero Esteban...
CIANO.—Bueno, bueno. Voy yo. *(Vase Luciano. Esteban nstala y se sirve una copa. Suena el teléfono.)*
STEBAN. *(Al teléfono.)*—¿Quién? Sí... Aquí es... Que sí... es aquí... ¿Eh? El señor... No, señor, no... Yo no soy... ro por qué? ¡Que sí lo soy! ¡Cuidadito con las palabras! *elga el aparato.)* ¡Luciano! ¡Luciano!
UCIANO. *(Dentro.)*—¿Qué quieres?
STEBAN.—¡Es fantástico! ¿Sabes lo que acaba de suce-me?
UCIANO. *(Dentro.)*—¿Qué?
STEBAN.—Me han puesto de cochino y de sinvergüenza que hay por dónde cogerme. Para eso me han llamado al te-no.
UCIANO. *(Dentro.)*—Pues que sigan, que sigan. El aparato á a tu disposición.
STEBAN.—No, no. Si los insultos los he recibido yo, pero para ti. Para el número de tu teléfono. Es un señor al ayer gastaste una broma por el aparato.
UCIANO. *(Dentro.)*—¿Yo?
ESTEBAN.—Dice que ayer daba un baile en su casa y que ha ado toda la noche esperando el "jazz-band" que tú pro-tiste enviarle.
LUCIANO. *(Dentro.)*—La culpa es suya. Se empeñó en lla-r a este teléfono y en que yo era el director de orquesta, e dije que sí a todo. Que se queje a la Compañía de telé-nos.
ESTEBAN.—Pues tenías que oírle ahora. ¡Menuda rociada ha echado! *(Alzando los hombros.)* Cuando yo digo... ué diez y siete! Eres un chiquillo de doce años... Nunca rás un hombre formal.
JULIÁN. *(Apareciendo.)*—Señor... Una visita... Es un ca-llero... ¿Le hago pasar?

ESTEBAN.—Sí. *(Gritando.)* ¡Luciano! Aquí viene un
llero que te busca.
LUCIANO. *(Dentro.)*—¿Quién es?

ESCENA V

ESTEBAN y UN CABALLERO.

ESTEBAN. *(Bajo, en la puerta.)*—Un caballero.
LUCIANO. *(Dentro, en alta voz.)*—¿Otro? Mándale a
ESTEBAN. *(Al Caballero.)*—No haga usted caso, cab
Es un error. ¡Un error!
LUCIANO. *(Dentro.)*—Te autorizo para que le eches a
tapiés.
ESTEBAN. *(A la puerta.)*—¡Pero te quieres callar! E
señor que está aquí en tu despacho.
LUCIANO. *(Bajando la voz.)*—¡Atiza! Bueno. Ya voy
el tapicero?
ESTEBAN.—Yo qué sé.
UN CABALLERO. *(Muy serio.)*—Hágame usted el fav
decirle que vengo enviado por su amigo el señor Dura
(Entra LUCIANO. *Viene vestido de máscara con una gra
luca y un gorro de papel. Llevará un gran cetro en la m*
LUCIANO.—Caballero...
UN CABALLERO. *(Mirándole gravemente.)*—¿Es el seño
quitecto a quien tengo el gusto de hablar? Vengo a enca
le unos trabajos.
LUCIANOO.—¡Ah! ¡Sí! Muy bien, señor, muy bien. *(Es
vase muerto de risa.)*

ESCENA VI

LUCIANO y UN CABALLERO.

UN CABALLERO.—Un amigo del Círculo, el señor Dura
me dió las señas de usted.
LUCIANO. *(Quitándose la peluca.)*—Sí, sí. Siéntese. Es
verá usted... Yo... Es decir, nosotros..., mi mujer y yo
mamos parte esta noche en una revista que se va a re
sentar en un salón y..., claro..., estábamos ensayando y
bándonos la ropa.
UN CABALLERO.—Ya, ya lo veo.
LUCIANO.—Usted me dirá de qué se trata.
UN CABALLERO.—Tengo que hacer algunos trabajos en u

s y pedí el nombre de un arquitecto entendido y hombre y formal.
CIANO.—Hizo usted bien. Yo puedo examinar con toda dad...
N CABALLERO.—No, no... No es para ahora. No tengo a.
CIANO.—¡Ah! Eso es otra cosa.
N CABALLERO.—En esta primera entrevista quería solate conocerle.
CIANO.—Repito que estoy a la disposición de usted ahora no.
N CABALLERO.—No, no... Ya veo que está usted ahora muy pado. Volveré en otra ocasión.
UCIANO. *(Molesto.)*—Como usted quiera.
N CABALLERO.—Caballero... *(Vase.)*
UCIANO. *(Acompañándole a la puerta.)*—Caballero...

ESCENA VII

IRENE, LUCIANO y ESTEBAN.

Aparecen a un mismo tiempo, por distintas puertas, IRENE STEBAN.*)*
RENE. *(Viste una bata.)*—¿Quién era?
UCIANO. *(A Esteban.)*—¡Eres un idiota! ¿No podías haber avisado? ¡A quién se le ocurre dejarme que salga a recia un cliente vestido de mamarracho!
RENE.—¡Un cliente! ¿Pero era un cliente?
UCIANO.—¡Pues claro!
STEBAN.—¡Hijo! Yo no podía adivinarlo. En tu casa he to a muchas personas, pero clientes no vi ninguno jamás.
RENE.—¿Y se ha ido sin encargarte ninguna obra?
UCIANO.—¡A ver! *(Pausa.)* Durandol me había avisado. lo encontré ayer y me dijo: "Te he recomendado a unos igos que quieren edificar." Pero no hice caso... Tantas vele dicen a uno eso...
RENE.—¡Pobre Tontón! ¡Ha sido una desgracia!
LUCIANO.—Lo peor no es eso... Lo peor es que este señor diciendo ahora por todas partes que yo me visto de másra para recibir a mis clientes. Todo por tu culpa. Mira, Esban, no sé cómo me contengo.
ESTEBAN. *(Contristado.)*—Tienes razón: yo soy el culpable.
LUCIANO.—¡Y tanto! *(Esteban, resignado, levanta la vista cielo.)*

IRENE.—Bueno, deja ya eso. Todavía tengo que pro el vestido de Colombina. ¿Vienes? *(A Luciano.)*

LUCIANO.—Llámame cuando le tengas puesto. *(Vase A Esteban.)* ¿Quieres decirme qué es lo que te propone

ESTEBAN. *(Amoscado.)*—¿Yo?

LUCIANO.—Sí, tú. ¿Quién te manda contar a Irene las turas amorosas de mis tiempos de estudiante? Te prohib metas líos en el domicilio conyugal.

ESTEBAN. *(Protestando.)*—¿Yo? ¡Por Dios, hombre! Y un caballero.

LUCIANO.—Es que quiero recordarte que adoro a mi y me he propuesto no darla el menor disgusto ni que den.

ESTEBAN.—Ya, ya. Los propósitos son buenos. Pero has comenzado a salir solo.

LUCIANO.—Es que soy hombre de experiencia. Quiero siempre un poco de libertad... para cuando se presen ocasión...

ESTEBAN.—Muy bonito. *(Llaman.)*

LUCIANO.—Adelante.

JULIÁN. *(Con una tarjeta.)*—Es una señora... Pregunt el señor.

ESTEBAN.—¿Ya?

LUCIANO. *(Se encoge de hombros.)*—¡Que espere! (*Julián.)* Bueno, esto es el colmo. *(A Esteban.)* Es Paqu Me vas a hacer el favor de no decir una palabra de Además, tú me conoces y sabes que yo no reanudo jam Cuando termino, termino para siempre.

ESTEBAN. *(Sorprendido.)*—¿Paquita? ¿Y qué es lo quiere?

LUCIANO.—¡Ah! Ella sabrá. Pero, en fin, ahora nos en remos. *(Llama.)*

ESTEBAN.—Espera... Espera... Os dejo solos.

LUCIANO.—Muy bien hecho. *(Vase Esteban. Un mom después entra* PAQUITA. *Es una hermosa mujer de trein treinta y cinco años.)*

ESCENA VIII

PAQUITA y LUCIANO.

PAQUITA.—¿Cómo está el señor arquitecto?

LUCIANO.—Adelante, Paquita.

PAQUITA.—¿No me das un beso?

LUCIANO.—No. Creo que tengo la gripe, y el contagio grave.

PAQUITA.—Es que ya no somos más que amigos... Y entre camaradas esas cosas no tienen gran importancia. ¿Cómo pasa el tiempo, eh? Dos años ya que terminamos.

LUCIANO.—¡Bah! Dos días...

PAQUITA.—Gracias, por la galantería. Lo dices, pero no lo sientes. Y tú, ¿qué? Siempre bohemio.

LUCIANO.—Quiero seguir siendo joven.

PAQUITA.—Te seguirá prestando Julián para acabar los últimos días del mes. ¿Te acuerdas?

LUCIANO.—Más vale no recordar nada. ¿Para qué?

PAQUITA.—Puedes creer que he conservado de ti un excelente recuerdo. Y vengo a demostrártelo. ¿Qué? ¿No adviertes ningún cambio en mí?

LUCIANO.—Sí. Toda tú has cambiado.

PAQUITA. *(Enseñándole el collar.)*—Mira. Ahora ya son auténticas.

LUCIANO.—Entonces estarás contenta.

PAQUITA.—He tenido una suerte loca. Figúrate... Un fabricante de automóviles..., solterón..., cuarenta años..., no mal del todo...

LUCIANO.—¡Vamos! Lo celebro.

PAQUITA.—Me ha instalado muy bien. Pero ahora me ha regalado un terrenito en el campo para que me haga un hotel. Y ahora te explicaré el objeto de mi visita.

LUCIANO.—No comprendo.

PAQUITA.—¡Pero hombre! La construcción mi hotel... Tú eres arquitecto... Yo le he hablado de ti...

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí? *(Pausa.)* Mira, Paquita, te lo agradezco mucho...; pero no..., no me es posible...

PAQUITA.—¿Eh?

LUCIANO.—Tú no sabes la cantidad de trabajo que tengo en estos momentos.

PAQUITA.—¡Ah! No importa. Esperaré. Quiero que seas tú el que edifique el hotel.

LUCIANO.—Créeme, Paquita... No me es posible.

PAQUITA.—¿Pero por qué?

LUCIANO.—Estoy casado...

PAQUITA.—¡Ah! *(Pausa.)* ¡Oh!

LUCIANO.—Sí.

PAQUITA.—¿Pero casado..., casado?

LUCIANO.—Del todo.

PAQUITA.—¿La quieres?

LUCIANO.—Yo creo que sí.

PAQUITA.—Bueno; pues... no importa, ¡ea! Quiero que seas tú el que lo haga todo. Seré la cliente. Tú, el arquitecto... Ni más ni menos.

LUCIANO.—No.

PAQUITA. *(Seria.)*—¡Ah! Vamos. ¡Te has casado con alguna millonaria!

LUCIANO.—Nada de eso. Es que me parece poco delicado.

PAQUITA. *(Saltándosela las lágrimas.)*—Está bien. Me desprecias. Yo que venía tan alegre... *(Llorando.)* No lo podía esperar.

LUCIANO.—No llores. Hazme el favor. ¡Qué susceptible eres!

PAQUITA. *(Llorando.)*—No lo puedo remediar. De sobra me conoces y sabes cómo soy.

LUCIANO.—Que no llores. Te lo suplico. Sécate los ojos. Ven acá. *(La seca con su pañuelo.)* ¡Ajajá! Verás. Yo te prometo ir a verte. Márchate ahora y ya hablaremos. Yo te explicaré...

PAQUITA.—¿De veras? ¿Irás?

LUCIANOO.—Desde luego. Pero, ya lo sabes, como amigo nada más..., en buenos camaradas.

PAQUITA.—Sí, eso... Como camaradas... ¡Claro!... ¿De verdad... ahora eres fiel?

LUCIANO.—¡Ah! Completamente fiel.

PAQUITA.—¡Cómo cambian los hombres!

LUCIANO.—Anda, sécate y vete. ¿Quieres? Espero a un propietario y...

PAQUITA.—Sí, me voy. Estoy en el *Claridge*, ¿sabes? Pero vendrás a verme, ¿verdad?

LUCIANO.—Te lo juro. Yo te telefonearé. Adiós, Paquita, ¿eh? Adiós.

PAQUITA.—Adiós. Me voy contenta porque dices que irás a verme. Adiós. *(Vase Paquita.)*

LUCIANO. *(Cerrando la puerta.)*—¡Uff! *(Se dirige a la derecha y abre otra puerta.)*

ESTEBAN.—¿Qué? ¿Qué te quería?

LUCIANO.—Figúrate... Tiene todo lo que desea... Es rica...

ESTEBAN.—¡Hola!

PAQUITA.—Se va a hacer un hotel y quiere que le edifique yo.

ESTEBAN.—No está mal. Pues mira... es un negocio.

LUCIANO.—La he dicho que no.

ESTEBAN.—¡Eh! ¿Por qué?

LUCIANO.—Por delicadeza. Ya lo comprenderás.

ESTEBAN. *(Amoscado.)*—¿Por...? ¡Ah! Bien, bien. No digo nada. *(Cambiando de tono.)* Aquí tienes la correspondencia que acaba de llegar para ti.

LUCIANO. *(Sirviéndose de beber.)*—Gracias. Déjala ahí encima.

TEBAN. *(Sacando una hoja suelta.)*—Oye... ¿Recibes mu- avisos del Juzgado como éste?
CIANO.—¿Qué es? Algún acreedor.
TEBAN.—Del Juzgado no suelen venir invitaciones de *(Leyendo.)* No. Esta es otra clase de música. Figúrate e dicen que si en el plazo de veinticuatro horas no con- s siete mil quinientos francos te embargarán...
CIANO.—¿Eh? ¿Veinticuatro horas? ¿Estás seguro?
TEBAN.—Esta gente escribe con mucha claridad.
CIANO.—A ver. *(Coge el papel.)* Pues sí que estoy lu-

TEBAN.—Tienes de tiempo de aquí a mañana.
CIANO. *(Despreocupado.)*—Bueno. Dejaré recado al por- para que los diga que me he ido de viaje y no abriré la a.
TEBAN.—¡Claro! Pero entonces el alguacil irá a buscar a errajero. Estás mal enterado de estas cosas judiciales.
CIANO.—Y hay que tener ese dinero mañana por la ma-

TEBAN.—¡Tú verás!
CIANO. *(Estallando.)*—¡Y todo esto por tu culpa! Porque ce un momento no me hubieras dejado ponerme en ri- o a los ojos de ese cliente, ahora tendría yo un encargo anticipo para los trabajos.
TEBAN.—¡Ah! ¿Sí? Mira, Luciano... Escúchame...
CIANO.—¡No me da la gana! Déjame en paz. Eres un re nefasto.
TEBAN.—Escucha, Luciano... Dentro de tres días yo me glaré para que pagues eso.
CIANO.—No me hables. Dentro de tres días tendré yo o para pagar. Lo que quiero es evitar a Irene el espec- o del embargo mañana. ¿No lo comprendes? No quiero a pobre vea eso.
LIÁN. *(Entrando.)*—Un caballero pregunta por el señor. *sa.)* No es ningún acreedor.
STEBAN.—Hombre, recíbele. A lo mejor es un cliente.
CIANO.—Tienes razón. ¡Quién sabe! Además, dice que un acreedor, y éste los conoce a todos.
STEBAN.—Puede que sea alguno de esos que te ha reco- dado Durandol. Si lo es, no le dejes escapar.
CIANO.—No tengas cuidado. Si es un cliente, vaya si cae oportunidad... Anda, déjame. *(Coge una hoja de papel dispone a dibujar.)* Voy a recibirle.
STEBAN. *(Llamando puerta derecha.)*—¡Irene! ¿Puedo pa-

ENE. *(Abre la puerta.)*—Adelante. ¿Y Tontón?

ESTEBAN.—Va a recibir a un cliente que acaba de
IRENE. *(Asomándose.)*—¿De veras? ¡Cuánto me a
¡Buena suerte!

LUCIANO.—Retiraos, retiraos. Que no os vean. *(Ciérr puerta.)* ¿Quién es ese señor? *(A Julián.)*

JULIÁN.—No le conozco. Es un caballero.

LUCIANO.—Tiene el aire de ser..., así..., vamos..., un c

JULIÁN.—La verdad..., yo no sé el aire que tienen los tes. Aquí no he visto nunca a ninguno.

LUCIANO.—Quiero decir si es... respetable.

JULIÁN.—¡Ah! Eso sí. Es un hombre joven, pero muy

LUCIANO.—Bueno, que pase. *(Julián vase. Luciano se la en el "bureau" y comienza a trazar líneas, adoptand postura de hombre laborioso. Julián abre la puerta, d paso a* GERARDO. *Gerardo lleva grandes gafas de conch dudablemente acaba de llegar de los Estados Unidos s cer escala en ninguna parte. Traje americanísimo. Es bre de veintidós años, pero representa treinta. Un pe bigote. Serio, muy serio, extremadamente serio.)*

ESCENA IX

LUCIANO y GERARDO.

(Un pequeño silencio. Luciano finge estar empapado trabajo. Gerardo le contempla con interés. En seguida una mirada por la habitación. Coge una fotografía de la contempla y vuelve a dejarla en su sitio. Un pequeño y Luciano se vuelve. Finge verle en este momento, le sal se levanta. Con un gesto le indica un asiento. Luciano a su "bureau" y se sienta cómodamente.)

LUCIANO.—Me parece que me ha anunciado la visita ted el amigo Durandol...

GERARDO. *(Acento inglés.)*—¿Aoh?

LUCIANO.—Sí, señor... ¿Es usted inglés?

GERARDO.—Americano...

LUCIANO.—Yo el inglés le hablo tan mal...

GERARDO.—No importa. Yo le hablo bien.

LUCIANO.—Ante todo, debo decir a usted, mi querido s que llega usted en un momento decisivo... Acabo de ter un gran trabajo y, en la actulidad, estoy libre. Puedo e garme de todo género de trabajos... Construcción de ho villas, casas de venta... *(En este momento, Gerardo se le bruscamente, se inclina por encima del "bureau" y da un a Luciano en la frente. Después se sienta y comienza a*

piar cuidadosamente los cristales de sus gafas.) (¿Eh?... ¡Es un loco!)

GERARDO. *(Rápidamente.)*—No... No diga usted nada... Nosotros en América somos muy efusivos, pero es un momento nada más. En seguida pasa... ¿Ve usted? Ya pasó... Deme usted la mano...

LUCIANO. *(Asombrado.)*—Pero, caballero...

GERARDO.—Y la otra mano también... *(Le sacude las dos manos enérgicamente.)* Así... ¡Ea! Ya está terminada la efusión... Muchas gracias...

LUCIANO.—Crea usted, caballero, que no me explico...

GERARDO.—Es la emoción... Estoy muy emocionado...Mucho...

LUCIANO.—Bien, bien, pero... ¿está usted seguro de no haberse equivocado de piso?

GERARDO.—No... Si yo comprendo la sorpresa de usted... pero no importa...

LUCIANO.—Está usted en casa de...

GERARDO.—En casa del señor Laridel... De don Luciano Carlos Enrique Laridel.

LUCIANO.—Exactamente, sí señor... Veo que conoce usted mi partida de bautismo... Pero usted, caballero..., ¿quién es usted?

GERARDO.—He venido para decírselo a usted precisamente... *(Pausa.)* Señor Laridel, yo... soy su hijo.

LUCIANO. *(Estupefacto.)*—¿Mi hijo? ¿Qué está usted diciendo?

GERARDO.—No... No piense usted... No busque... Espere... Si reflexiona usted se volverá loco... No, no... Tranquilícese... Yo soy Gerardo Luciano Francisco Morrison... hijo de usted...

LUCIANO.—Un momento, caballero... Se trata, sin duda, de una broma de mejor o peor gusto; pero de una broma...

GERARDO.—¿Ve usted? Esto era lo que yo me temía... Pero, en fin, lo único que le pido a usted es que me interrogue... Pregúnteme usted... Ya sé que esta revelación es un poco brusca... Sí, sí... Lo sé... Ahora bien... esté usted tranquilo... Y con calma... razonablemente, pídame usted las precisiones que necesite... Muy tranquilamente... Como trataría usted de un negocio... Yo le contestaré...

LUCIANO. *(Levantándose.)*—Pero si es que...

GERARDO.—¡Calma! Mucha calma... Tómese usted el tiempo que quiera...

LUCIANO.—No, no, si esto va a terminar muy de prisa... Está usted equivocado... Dice usted que es mi hijo... ¡Vaya, hombre! Pero, ¿qué edad cree usted que tengo yo?

GERARDO.—Usted nació el 7 de abril de 1887.

LUCIANO.—Es verdad... Pero usted... Usted tiene, lo menos...

GERARDO.—Veintiún años y dos meses... Véalo usted... Aquí está mi pasaporte...

LUCIANO.—Veintiún años... ¡Caray! Pues sabe usted que los representa. ¡Vaya si los representa!

GERARDO.—No sé... Usted, en cambio, parece mucho más joven, querido papá...

LUCIANO. *(Sonriendo.)*—Bien, bien... Sigue la broma... ¿Y puedo saber quién es su señora madre?

GERARDO.—La señora Morrison, de Manchester; actualmente en los Estados Unidos.

LUCIANO.—¿Ve usted? Esto ya está perfectamente claro... Yo no he conocido en mi vida a esa señora...

GERARDO.—Ya lo sé... Usted la conoció cuando era joven y soltera... cuando se llamaba Miss Violeta John.

LUCIANO. *(Sorprendido.)*—¡Violeta!

GERARDO.—Sí, señor... Yo soy su hijo... Y el hijo de usted, naturalmente... No se asombre usted de oírme hablar así... Esta es una cosa natural, y yo hablo de ella con naturalidad... ¿Comprende usted, papá?

LUCIANO.—Perdone usted... Yo no niego haber tenido relaciones con Miss Violeta John... Esto no es de ayer... Entonces tenía yo diez y siete años...

GERARDO.—Justo... Diez y siete y veintiuno, que tengo yo, hacen treinta y ocho...

LUCIANO. *(Serio.)*—Es curioso...

GERARDO.—¿Verdad que sí? Usted no sabe lo que me alegra verle... Al cabo de tanto tiempo...

LUCIANO. *(Molesto ya.)*—Perdone. Ya comprenderá usted que esto no puede tomarse en serio... No hay nada, ¿lo oye usted bien?, nada absolutamente que pruebe lo que usted afirma... Y en cuanto al parecido o semejanza entre usted y yo...

GERARDO. *(Asombrado.)*—Pero ¿es que le molesta a usted tanto saber que tiene un hijo?

LUCIANO.—No se trata de eso... Usted comprenderá, que yo tendría que ser el más idiota de los hombres para abrir los brazos al primer buen mozo que se me presentase diciéndome que es mi hijo...

GERARDO.—¡Ah! ¿Pero usted le abriría los brazos?

LUCIANO. *(Confuso.)*—Claro que sí... Lo que pasa, es que yo no he tenido hijos nunca...

GERARDO.—Bien, bien... Entonces no perdamos el tiempo... Pregúnteme usted... Pídame detalles... pero pronto...

LUCIANO. *(Cada vez más confuso.)*—Yo, ¿para qué? Vamos, amigo mío... Usted está fuera de la realidad... En primer

lugar... su madre de usted ¿por qué me hubiera ocultado tantos años esto?

GERARDO.—Cuando se fué de aquí, dejando el teatro—donde bailaba con una *troupe* de *girls*—, no pensaba volver a ver a usted... Yo vine al mundo ocho meses después de la separación de ustedes... Además, ella sabía que usted dependía de su padre—un hombre severo—. Usted era un chiquillo...

LUCIANO. *(Un poco turbado.)*—Y ella también... Es verdad... Era una criatura...

GERARDO.—Tenía la misma edad que usted... Lo pensó y decidió guardar para ella su pena... y su alegría... Me confió al cuidado de su hermana, que tenía dos hijos, y continuó su carrera artística...

LUCIANO.—¿Quién prueba que eso es verdad?

GERARDO.—Le digo a usted yo que es la verdad... y basta.

LUCIANO.—Y ella... ¿vive todavía?

GERARDO.—¡A Dios gracias...! Aquí tiene usted una carta que me dió para usted. *(Luciano mira el sobre sin decidirse a abrirle.)*

LUCIANO.—No me negará usted que todo esto es muy extraño.

GERARDO.—No sé por qué... Yo me he educado en América y razono a la americana... ¿Para qué iba a complicarle a usted la vida?

LUCIANO.—¡Hombre!... Siempre hubiera sido mejor que esperar veinte años...

GERARDO.—No lo creo yo así... ni mi madre... ni mi padrastro...

LUCIANO.—¡Ah!... Entonces, ella ¿se casó?

GERARDO.—¡Claro! Con Adolfo Morrisòn... Un americano de Michigán.

LUCIANO.—¡Ah! Si era de Michigán. ¿Y casó en América?

GERARDO.—No. En San Petersburgo. Ella le contó todo... Le habló de usted... le habló de mí... El dijo: "*Ol rai*... Lo pasado, pasado está..." Y se casó con nosotros...

LUCIANO.—Muy americano...

GERARDO.—Cuando estuve en edad de comprender, me lo explicaron todo diciéndome quién era mi padre... Entonces quedó convenido, en familia, que cuando yo cumpliera mis veintiún años vendría a verle usted, si este era mi deseo. He esperado con impaciencia mis veintiún años... Cuando los cumplí emprendí el viaje, y aquí estoy... Esto es todo.

LUCIANO.—Es increíble... ¿Y el señor Morrison estaba al corriente de mi existencia?

GERARDO.—Hablábamos muchas veces de usted... Decíamos: Es un hombre un poco ligero de cascos... No es muy

serio... No sirve para los negocios... Muy simpático... Poco seso...

LUCIANO.—¡Muy bonito! *(Una pausa.)*

GERARDO.—¿Qué? ¿Sigue usted sin creerme? *(Pausa.)* Bueno... Le daré a usted toda clase de pruebas... Yo he nacido el día 17 de octubre... *(Pausa.)* Su padre de usted era arquitecto... Tenía usted una tía, en provincias, muy avara y un abuelito muy viejo... El día que conoció usted a mi madre llevaba usted un traje marrón a rayas...

LUCIANO.—¿Está usted seguro?

GERARDO.—¡Segurísimo...! No basta esto, ¿verdad? Bueno, pues voy a dar a usted la prueba más decisiva. *(Pausa.)* Vamos a ver... ¿Qué interés tendríamos en mentir?

LUCIANO.—¡Eh!

GERARDO.—Yo tengo una madre... Tengo un padrastro... Poseemos cuanto es preciso para vivir tranquilamente... Si hemos esperado tantos años no ha sido para venir a pedirle nada... No lo hemos hecho cuando la situación de mi madre y la mía era difícil... Hoy tenemos de sobra... ¿Qué interés puede ser el nuestro?

LUCIANO.—Sí, sí. Verdaderamente... pero es una cosa esta tan inesperada...

GERARDO.—Eso sí... ¿Qué? Ahora... ¿abrirá usted los brazos...?

LUCIANO.—Realmente, cuando le miro... me parece descubrir una semejanza... pero ¿en qué?... Quizá la voz... Al oírle creo...

GERARDO.—Mire usted, papá. (Permítame usted que le llame así...) Yo he atravesado el Océano para conocerle... Vengo y le digo: "Soy su hijo..." ¿No le basta? *(Luciano ha abierto la carta y la lee. Deja la carta sobre la mesa.)*

LUCIANO.—Sería una mala acción... una acción perversa... si todo esto fuera una impostura.

GERARDO. *(Emocionado.)*—¡Oh!

LUCIANO.—Míreme usted bien... Frente a frente... Así... *(Se acerca a él.)* Entonces... es verdad... Yo tengo un hijo... Un hijo que es todo un hombre... ¡Y no lo sabía!

GERARDO.—Un hijo que le quiere hace mucho tiempo... *(Luciano le abraza y le besa.)* ¡Ah! ¡Qué contento estoy! ¡Qué contento!

LUCIANO. *(Emocionado.)*—Y yo también... ¿De modo que... veintiún años...?

GERARDO.—Veintiún años... Ya lo ves... Perdona... En inglés no existe el tuteo... Pero en América sí... ¿Quieres que nos tuteemos?

LUCIANO.—Naturalmente... *(Pausa.)* Te advierto que esta

ria va a tener... va a tener dificultades... Porque... debo rtirte que yo... no soy libre.

RARDO.—Ya lo sé... Te has casado hace tres meses con ñorita Irene Cavalier, que tiene diez y nueve años...

CIANO. *(Sorprendido.)*—¡Pero tú lo sabes todo!

RARDO.—¡Claro! No te importe... Si es menester que nos emos... pues bien... yo te querré lo mismo y nos veremos ecreto...

CIANO. *(Decidiéndose.)*—¡Ah! No... Eso sería estúpido... hijo como usted, digo, como tú... se le puede presentar en s partes... *(Pausa.)* Perdona, hijo mío... Tú eres mi hijo, dad? Como es... que... vamos... Dime tu nombre...

ERARDO.—Gerardo.

UCIANO.—Gerardo... *(Le contempla.)* Es gracioso... Gra-... Ya lo ves... Ahora me parece gracioso... Sí, sí... Muy rtido...

ERARDO.—Pero, ¿lloras?

UCIANO.—Sí... Es decir, no... Bueno, no sé... Dame un zo... Hijo mío... Siento una cosa más rara.

ERARDO.—¡Oh! ¡Tengo un padre sentimental!

UCIANO.—Verás... Vas a contarme tu vida... Yo te llevaré das partes... Te lo enseñaré todo... Los monumentos...

ERARDO.—¿No te parece que ya he pasado de la edad de los monumentos?

UCIANO.—Tienes razón... Pero no importa... Lo verás to-. Te llevaré a todas partes... *(Llaman.)* Adelante...

ULIÁN.—Señor... El chico de telégrafos trae otros tres pachos dirigidos a un nombre que no conocen en la casa.

ERARDO.—Serán para mí... De seguro...

UCIANO.—¿A ver? Gerardo Morrison... El mismo... ¿Has o que te los dirigieran aquí?

ERARDO.—¡Claro!

UCIANO. *(A Julián.)*—Trae. *(Coge los telegramas y los a a Gerardo.)*

ULIÁN.—Hay ocho más que he devueto y que se pueden amar a Telégrafos.

UCIANO.—¡Ocho más! Por lo visto piensan en ti allá lejos. *erardo abre los despachos y se los guarda.)*

GERARDO.—Sí...

UCIANO.—¿En qué hotel estás?

GERARDO.—En ninguno... He venido aquí desde la estación. s equipajes están abajo en un ómnibus...

UCIANO.—Has hecho bien... Tu casa es esta y no el hotel.

GERARDO.—No, no lo he hecho por eso... Es que tenía prisa leseo de verte... Pero no pensaba quedarme aquí...

UCIANO.—Sin embargo eso es lo que debe ser... Ahora que...

GERARDO.—No, no... Si lo comprendo... No te preocu
Yo me voy a un hotel ahora mismo.

LUCIANO.—No... Mira, es curioso... Me molesta que yas... Escucha... Hay que jugarse el todo por el todo... *ma.)* Yo tengo un primo que está en Africa... Algunas ha venido a vivir conmigo... Vamos a tratar ahora de h pasar por él. *(*JULIÁN *entra.)* Julián, sube el equipaje d señor y preparas la cama en el diván del gabinete.

JULIÁN.—¿El señor va a vivir aquí?

LUCIANO.—Sí... Va a vivir aquí... Te estarás el tiemp permanezcas...

GERARDO.—¡Oh! El tiempo es ilimitado...

LUCIANO.—Venga usted conmigo, Julián... *(A Ger* Creo que estarás muy bien en el gabinete. Espérame u mento. Julián, el señor no es un amigo... Es...

GERARDO.—Soy un pariente lejano...

LUCIANO. *(Sonriendo.)*—No. Que viene de lejos... *(Vas Julián.)*

ESCENA X

GERARDO; luego, ESTEBAN.

(Al quedarse solo Gerardo, comienza a pasear de u tremo a otro, se frota las manos y da señales de una e mada alegría. Después se calma, saca los telegrama bolsillo, se sienta junto al bureau y escribe en un carne la orden del Juzgado. De pronto oye el ruido de la p al abrirse y se vuelve. Es ESTEBAN. *Deja el papel de ju sobre la mesa.)*

ESTEBAN.—¡Ah! Perdone usted... Creía que Luciano e solo... ¿No ha salido?

GERARDO.—¿Es usted de la casa?

ESTEBAN.—Soy un amigo de Luciano.

GERARDO.—Yo soy Gerardo Morrisón.

ESTEBAN.—Encantado de conocerle... Yo soy Percher Esteban Percherón.

GERARDO.—¡Ah! Percherón.... ¿Habla usted inglés?

ESTEBAN.—No, no, señor...

GERARDO. *(Desencantado, aparte.)*—¡Bah! ¡Es un frí

ESTEBAN.—¡Qué bien ha hecho usted en dirigirse a L no, para sus trabajos... Luciano es un arquitecto emin Claro que debiera trabajar menos. Pero, claro..., está solicitado... Le llueven los encargos de todas partes. T una de las mejores situaciones de París... Ahora está ciendo un rascacielos.

GERARDO. *(Tranquilamente.)*—¿Por qué me cuenta usted todos esos infundios?

ESTEBAN.—¿Eh?

GERARDO. *(Enseñando el papel.)*—Yo estoy poco al corriente de las cosas de este país... Soy un hombre de negocios... Pero éste es un papel de justicia... Aquí le reclaman un dinero... Esto es que no lo puede pagar... ¿Es cierto?

ESTEBAN.—Verá usted... Esos papeles... son cosas íntimas.

GERARDO.—Ya lo supongo. *(Entra* LUCIANO.)

ESCENA XI

LUCIANO, GERARDO y ESTEBAN.

LUCIANO. *(A Esteban.)*—¿Qué haces tú aquí?

ESTEBAN. *(bajo, a Luciano.)*—Calla, hombre... Estaba haciéndote el artículo, a ver si animaba al cliente...

LUCIANO.—Bueno; pues vete ahora.

ESTEBAN.—He querido explicar a este señor tus trabajos...

GERARDO.—No necesito explicaciones. En América tratamos los negocios muy sencillamente. Yo he venido aquí para construir una fábrica, y voy a encargar a este señor arquitecto de la construcción. Ni más, ni menos.

LUCIANO. *(Bajo, a Gerardo.)*—Eso... Eso... Has elegido una magnífica disculpa para despistar... Este no tiene necesidad de saber...

GERARDO.—Ahora, elegiré los terrenos... y el señor arquitecto hará el proyecto. Yo traigo la representación de unas cuantas casas fuertes de Nueva York.

LUCIANO. *(Bajo, a Gerardo.)*—Muy bien... Muy bien.

ESTEBAN. *(Bajo, a Luciano.)*—¡Chico, me parece que has hecho tu suerte!

GERARDO.—Como no conozco las costumbres establecidas aquí, prefiero no tratar directamente con los operarios. El arquitecto se entenderá con ellos... *(Se acerca a la mesa y saca un talonario.)* Le daré un cheque para estos primeros gastos... Supongo que bastarán cinco mil dólares...

ESTEBAN. *(Asombrado.)*—¡Cinco mil dólares!... Al cambio, eso hace...

GERARDO.—Es la cantidad que nosotros tenemos costumbre de entregar... *(Firma y entrega el cheque a Luciano.)* Y ahora me permitirá usted, señor arquitecto, que le haga varias preguntas.

LUCIANO. *(A Esteban.)*—Déjanos, Esteban.

ESTEBAN. *(A Luciano.)*—(¡Que sea enhorabuena!) *(Vase.)*

LUCIANO y GERARDO.

LUCIANO.—Gracias... Has hecho divinamente la comedia. A Esteban ya le diré yo la verdad, pero más tarde. *(Devolviéndole el cheque.)* Toma.

GERARDO.—No... Pero... si esto no es una comedia.

LUCIANO.—¿Qué?

GERARDO.—El encargo... La fábrica... El cheque es para ti. Tengo orden de construir una fábrica aquí, en París.

LUCIANO.—¿Tú? Vamos... no me gastes bromas...

GERARDO.—Te digo que vengo para esto... Nosotros tenemos fábricas en todo el mundo, menos aquí.

LUCIANO.—Pero una fábrica... de qué.

GERARDO.—De jabón... El jabón Morrisón... El primer jabón del mundo.

LUCIANO.—El jabón Morrisón, ¿es tu padrastro? ¡Hola!

GERARDO.—Sí. Morrisón es un hombre relativamente considerable. Vale muy caro, como decimos en América. *(Cariñosamente.)* Tú... no... Tú no valdrías nada caro, papá...

LUCIANO.—Pon que no valgo nada. ¿De manera que tengo un hijo millonario?...

GERARDO.—¡Oh! Aquí, sí... Al tipo que está el cambio, multimillonario...

LUCIANO.—Y yo que iba a ofrecerte doscientos francos al mes para tus gastos...

GERARDO.—Los tomaré, los tomaré... Tú eres mi padre y es natural no desairarte.

LUCIANO.—Te aumentaré a cuatrocientos... Para que veas.

GERARDO.—No, no. Eso es demasiado... No sería razonable... Tú eres excesivamente generoso.

LUCIANO.—Y tú demasiado formal.

GERARDO.—Nunca se es demasiado formal... Yo estoy metido en los negocios.

LUCIANO.—Ven... Déjame que te contemple... Es verdad. No te pareces a mí... y sin embargo, tienes el aire de la familia. No cabe duda.

GERARDO.—¿De veras estás contento?

LUCIANO.—¡Que si estoy contento!... Lo único que me preocupa es lo que dirá Irene.

GERARDO.—¡Hay que preguntárselo a ella!

LUCIANO.—¿Tú crees?...

GERARDO.—Naturalmente. Es la mejor manera de saberlo. Si ella no quiere que me quede aquí... pues me iré al hotel. Nos veremos fuera de tu casa...

CIANO.—Tienes razón... Es el único medio. Hay que in-rle...... y ahora mismo. *(Le mira.)* De todos modos... historia no me rejuvenece... *(Abre la puerta y llama.)* e!... ¡Irene!...

ESCENA XIII

Dichos e IRENE.

ENE.—Buenas tardes, caballero... *(A Luciano.)* Acaban lefonear de las Galerías Lafayette, para encargarte los os almacenes. Quieren que los edifiques tú.

CIANO. *(Riendo.)*—No te molestes... Es de confianza. *erardo.)* ¿Qué te parece? También quería hacerte el ar-o... *(A Irene.)* Mira, Irene... Oyeme bien. Voy a darte... é cómo decírtelo... Voy a darte una gran sorpresa.

ENE.—¡Ah! *(Bajo.)* Lo sé... El cheque. Esteban me lo cho.

CIANO.—No... No es eso precisamente. Verás... Ante es preciso que yo te haga... un... un... una...

RARDO. *(Interviniendo.)*—Una confesión...

CIANO. ¿Confesión? No... Pero sí... Eso es... Pongamos es una confesión. Verás. Acabo de recibir la visita de caballero, que ha venido a decirme... *(A Gerardo.)* Es difícil de lo que yo suponía...

ENE.—¡Dios mío! ¿Qué es? Me asustas...

CIANO.—No te asustes, no. Pero, en fin, allá va. Mira... todo, es preciso que recibas esta noticia acordándote ariño que me tienes... con mucha benevolencia. Vamos a . ¿Qué harías tú si yo te dijera que... antes de conocer-laro está, yo tuve... un hijo?

ENE. *(Contentísima.)*—¿Un hijo? ¿Tú? Pero ¿eso es ad?

CIANO.—¡Uff! ¡Qué peso me has quitado de encima!...

ENE.—¿Un hijo?... ¿Un hijo tuyo?... ¿Y ha sido este r el que ha traído noticias de él?

CIANO.—Espera... Espera... Es necesario que yo te ex-ie...

ENE.—Ya me lo explicarás después. *(A Gerardo.)* Diga d, caballero, ¿es una niña?

CIANO.—No... Es... es niño...

ENE. *(A Gerardo.)*—¡Ah! Yo quiero verle en seguida... nde está ese angelito? ¡Oh! Estoy segura... Será un en-o...

ERARDO. *(Serio.)*—No está mal... ¡Es fuerte! ¡Sano! ¡Tra-dor!...

IRENE. *(A Luciano.)*—Pero ¿por qué te lo tenías ca
¿Por qué no me lo dijiste?...

LUCIANO.—Es que... no me atrevía...

IRENE.—¿Cuántos años tiene?

LUCIANO.—Ya es bastante grandecito...

IRENE.—¡Ay, qué rico! ¿Tienes su fotografía?

LUCIANO.—No la tengo aquí. *(Pausa.)* He de advertir
lo tuve cuando yo era muy joven.

IRENE.—Mejor... Lo prefiero... Pero le traeremos
¿verdad? ¡Ay, qué gusto! ¡Qué alegría! Le podremos
con nosotros, ¿no? Di... ¿Será eso posible?

GERARDO.—¡Claro que sí!

IRENE.—Le pondremos una cunita en nuestra habita

LUCIANO.—No, no... Eso, no... Resultaría molesto...
es un bebé precisamente...

IRENE.—¡Ah!

LUCIANO.—Sí. No creas que es un chico pequeño. No..
muy crecido... muy desarrollado... Sobre todo para los
que tiene.

IRENE.—¡Ay! Yo quiero verle. Tráemele, Tontón... A

LUCIANO.—Es muy fácil. *(Se acerca a Gerardo, le co
la mano y le conduce delante de Irene.)* Aquí le tienes.
hijo!

IRENE. *(Estupefacta.)*—¿Eh? ¿Cómo? ¿Este?...

GERARDO.—Sí... Yo lo comprendo... Parece un poco
cuando no se sabe... Pero, sí, señora... Yo soy su hijo.

LUCIANO. *(A Irene.)*—Tenía yo entonces diez y siete a
Ya sabes... La bailarina inglesa... Me dijiste que co
la historia...

IRENE.—Sí, sí... ¡Ay, caballero... qué grande es usted

LUCIANO.—Como ves, ya no está en edad de dormir
cuna... Pero no cabe duda... Es mi hijo. Se llama Ge
Luciano... como yo.

GERARDO. *(Bajo, a Irene.)*—Ha sufrido una decepción,
dad? Aunque hubiera venido antes, el resultado sería el
mo... Porque usted debe tener menos años que yo.

IRENE.—Gerardo... ¿quiere usted darme un abrazo?

LUCIANO. *(Respirando contento.)*—¡Gracias, Dios mío
rardo e Irene se abrazan.)

IRENE. *(A Luciano.)*—Compréndelo... Me ha cogid
sorpresa. Yo no podía suponer... Pero no importa. Es lo
mo. Dime, ¿a quién se parece?

LUCIANO.—No sé. Pero tiene un parecido con... algu
No cabe duda.

GERARDO.—Lo cierto es que yo estoy emocionado...

lezco profundamente la acogida que me dispensan *(A no.)* ¡Oh! Tengo una madrastra guapísima...
CIANO. *(A Irene.)*—¿Quieres que se quede a vivir con ros algún tiempo?
NE.—He sido la primera en decírtelo. Pero con una sola ción... Que no quiero que me llame madrastra.
CIANO.—Te llamará Irene.
RARDO.—Eso es... *(Se vuelve de espaldas y se seca los rápidamente.)* ¡Ea! Ya está... He tenido mucho miedo... o... Pero ya se acabó. Estoy contentísimo.

ESCENA XIV

Dichos y ESTEBAN.

TEBAN. *(Entrando.)*—Perdonen ustedes, pero...
CIANO.—¿Qué es lo que quieres, hombre?
TEBAN.—Es que... *(Bajo, a Luciano.)* Que son ya las y tenemos que darnos prisa.
ENE. *(Señalando a Gerardo.)*—Supongo que no tratarás guir teniéndole oculto.
CIANO.—Nada de eso.
TEBAN. *(A Gerardo.)*—Soy un antiguo amigo de Lucia- aballero, y por eso me permito decir a usted que quedará contento de su trabajo... Ya lo verá usted. Es un artis- Un gran artista,
RARDO.—Estoy seguro.
CIANO. *(A Esteban.)*—¿Has acabado ya?
STEBAN.—¡Hombre! ¡Encima que te piropeo!...
CIANO.—¿Tú sabes a quien estás haciendo el artículo? ¿verdad?
STEBAN.—Podías haberme presentado...
CIANO. Precisamente iba a hacerlo ahora. Mi amigo ban Percherón, un idiota, amigo mío desde hace veinte ... Mi hijo Gerardo...
STEBAN. *(Asombrado.)*—¿Eh?
ERARDO. *(Sencillamente.)*—Papá me ha hablado mucho de d.
STEBAN.)—Pero... *(Frotándose los ojos.)* Esta es una a escena de la revista, ¿verdad?
UCIANO. *(Sin contestarle. A Gerardo.)*—Y ahora caigo, mío... Nosotros tenemos que asistir a una reunión esta e... ¡Qué quieres, Gerardo! Son deberes que impone la de sociedad... Créeme que siento dejarte solo la noche u llegada.

ESTEBAN. *(Estupefacto.)*—¿Eh? *(A Irene.)* Esto e broma... ¿eh? Una broma.

LUCIANO.—Aprovecha la noche para instalarte. Estar tigado y necesitarás descanso.

GERARDO.—¡Oh, no!... Yo tengo que trabajar...

LUCIANO.—Hoy, no. Descansa, hombre, descansa.

JULIÁN. *(Entrando.)*—Dos telegramas para el señor... *da a Gerardo.)*

GERARDO.—Gracias. *(A Irene.)*—¿Permite usted?... *lee.)*

LUCIANO. *(A Irene y Estebán.)*—Me parece que este tre de hijo mío ha dejado una enamorada en su tierra... atrocidad! ¡Qué de telegramas!

ESTEBAN.—Reconoces tu sangre, ¿eh?

GERARDO. *(Protestando.)*—Nada de eso.

IRENE.—¿Son malas noticias?...

GERARDO.—No... Son negocios... Tengo que contesta cobre ha bajado tres dólares y los petróleos han subid

LUCIANO.—¡Ah! ¿Pero son telegramas de negocios?

GERARDO.—Naturalmente. Ahora, cuando os vayáis, d charé yo toda esta correspondencia.

IRENE. *(A Luciano.)*—Como ves, no es lo que tú s ehabas.

LUCIANO.—Lo veo... Es una pequeña desilusión... T un hijo demasiado formal... Anda, ve a vestirte. *(Vase Ir*

ESTEBAN. *(A Luciano.)*—Oye... y otra vez, avisa, ¿ Tienes un hijo de esta edad... y no decírselo a nadie... (*Esteban.)*

GERARDO. *(A Luciano.)*—Y tú, también... Es preciso vayas a esa fiesta. No quiero que mi llegada os pro trastornos.

LUCIANO.—Si vieras lo poco que me divierte hoy esa fie

ESTEBAN. *(Con dos maletas.)*—¡Ea! Ya está todo li Aquí van los disfraces.

LUCIANO. *(Llamando.)*—Ya te lo he dicho... Vamos presentar una revista. Es para dar gusto a Irene...

GERARDO.—Lo que quiero es que no os preocupéis de r

LUCIANO. *(A Julián.)*—Mi abrigo. Y di que preparen para el señor.

GERARDO.—Que me hagan un par de huevos con ja nada más.

LUCIANO. *(A Julián.)*—Pero que le pongan medio kil jamón y media docena de huevos. Y manda traer wisky.

GERARDO. *(Protestando.)*—¡Ah! No. Para mí no. Soy tidario de la ley seca.

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí?

ESTEBAN.—¡Diablo! Tampoco por ese lado justifica el aire de familia.

IRENE. *(Entrando.)*—Pues... hasta mañana, Gerardo.

GERARDO.—Hasta mañana, mamá. Adiós, papá.

ESTEBAN. *(Riendo.)*—¡Ay, que me mondo de risa!

LUCIANO. *(Abrazando a Gerardo.)*—Mañana tenemos mucho que charlar.

GERARDO. *(Se instala en el "bureau" y se coloca unas enormes gafas de concha.)*—Diviértete lo que puedas. Yo tengo que trabajar.

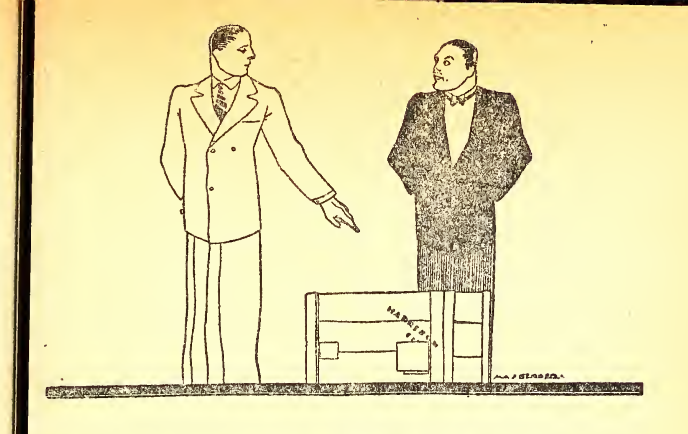
ESTEBAN. *(En la puerta.)*—Ya di con el parecido. ¿Sabes a quién se parece? A tu padre. Es él. Colocado en el "bureau" es él. Así se ponía cuando te regañaba.

LUCIANO. *(Melancólico.)*—Es verdad. Adiós, Gerardo. *(Vanse. Gerardo se levanta y se aproxima a la mesa de dibujar. Pasa un dedo sobre los papeles y le retira lleno de polvo. Inclina la cabeza y vuelve al "bureau". Coge un "bloc-notes" y lee en alta voz.)*

GERARDO.—"Lunes, cena de trajes en casa de los Marcodier. Martes, cuchipanda. Miércoles, baile. Jueves, cena americana..." *(Deja el "bloc", se sienta y vuelve a colocarse las gafas.)* ¡Ah! No. Mi padre no es un muchacho formal.

TELON





ACTO SEGUNDO

misma decoración del acto anterior, ligeramente modificada con ndencia a la seriedad. Han desaparecido los adernos frívolos, los oles, etc. En cambio, se observa un mayor orden; los útiles de trabajo están más a la vista, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

GERARDO y la MECANÓGRAFA; luego, JULIÁN.

(Gerardo, muy correcto, jovial y laborioso, está dictando el orreo a la Mecanógrafa. Desde los primeros momentos de la cción ha de verse que ha sido Gerardo el que lo ha transormado todo: la instalación y el material de despacho, que erá ultraamericano. Gerardo se pasea con las manos a la spalda y dicta.)

GERARDO. *(Dictando.)*—"... Now y expect for your answer, ours truly..." *(Pausa.)*

MECANÓGRAFA. *(Repite.)*—"... yours truly..."

GERARDO. *(Hablando.)*—It is all? Y dent think we have ny other letters to-day?

MECANÓGRAFA. *(Acento inglés.)*—No hablemos inglés, ¿quiee usted?

GERARDO.—Tiene usted razón. Quiere usted perfeccionarse. Iace usted bien. *(Pausa.)* Bueno. Creo que no hay más caras...

MECANÓGRAFA.—¿Desea usted alguna otra cosa?
GERARDO.—Sí. *(La mira.)* Pero ¿qué es eso? ¿Ha cambia usted de peinado? ¿Por qué?
MECANÓGRAFA.—Me lo ha aconsejado una amiga de aquí.
GERARDO.—Mal hecho. Yo la recibí a usted porque su m nera de peinarse era muy americana. Ahora va usted a una mecanógrafa como las de aquí. ¿Qué pensará cuando vea su futuro esposo?
MECANÓGRAFA.—¡Bah! No tiene importancia el detalle.
GERARDO.—Ya veo, ya. ¿A usted la gusta París?
MECANÓGRAFA.—Sí. Me gusta. Aquí todos los hombres p rece que están enamorados de la mujer.
GERARDO.—Lo cual no quita para que sea el país don menos se casa la gente. *(Llaman.)* Adelante. *(Entra J LIÁN.)*
JULIÁN.—Señor. Traen un cajón que acaba de llegar p el ferrocarril.
GERARDO.—¡Ah! Sí. Páselo usted aquí.
JULIÁN. *(Escandalizado.)*—¿Aquí?
GERARDO.—¡Claro!
JULIÁN. *(Resignado.)*—¡Ah! Bien, bien. *(Vase izquierd*
GERARDO. *(A la Mecanógrafa.)*—Vaya usted a escribir es cartas. Ya es tarde. Son cerca de las diez. *(Vase la Mecan grafa. Entra* JULIÁN, *que abre las dos hojas de la puerta d foro, y aparecen dos hombres con un enorme cajón. Dejan cajón arrimado a la pared. Gerardo los da una propina y van.)*
JULIÁN.—¿Hay que abrirle ahora?
GERARDO.—No, no. Puede usted retirarse. *(Vase Juli foro. Frótase las manos, satisfecho, Gerardo, mirando el c jón. Por la derecha entra* IRENE. *Viste sencilla, pero elega temente. Trae unos papeles bajo el brazo.)*

ESCENA II

IRENE y GERARDO.

GERARDO.—Buenos días, mamá.
IRENE. *(Deteniéndose.)*—¿Cómo me ha llamado usted?
GERARDO.—¡Perdón! Es verdad. Buenos días, Irene.
IRENE. *(Mirando la caja.)*—¡Eh! ¿Qué es eso?
GERARDO.—¿Eso? No lo puedo decir todavía. Es una so presa. Una sorpresa para mi querido papá.
IRENE.—Mucho está usted mimando a su padre.
GERARDO.—Sí. *(Viendo los papeles.)* ¿Qué? ¿Ha concluíd usted ya el trabajo?

IRENE. *(Dándole los papeles.)*—Naturalmente. Me levanté nprano y en seguida me senté a la máquina. Y ahí tiene ted el resultado. Lo que es ahora ya estoy bien enterada las excelencias del jabón Morrison... "The first in the rld!" *(Pausa.)* Tiene muchas faltas, ¿verdad?

GERARDO.—No, no; nada de eso. *(Pausa.)* Mejor dicho, alnas; no muchas. En tres semanas ha hecho usted grandes ogresos.

IRENE.—Que me divierte, ¿sabe usted? Y luego, que así me straigo y me parece que también trabajo yo. ¿Qué? ¿Ton-n no está aquí?

GERARDO.—No. Papá estará en la obra desde primera hora. No le ha visto usted?

IRENE.—No. *(Pausa.)* Anoche tampoco le vi. Cuando tiene ucho trabajo, como ayer, se queda a dormir en el diván l gabinete.

GERARDO.—Es curioso. ¿Por qué ese empeño en trabajar noche? No lo entiendo. En América la noche la consagra-os a las alegrías de la familia.

IRENE.—¿Sí? Pues ayer usted nos dejó bien pronto. Apes acabamos de cenar se marchó usted a la calle.

GERARDO.—Es que..., la verdad..., yo no quiero molestar ustedes siempre con mi presencia.

IRENE.—¿De veras? ¿Y se puede saber qué es lo que tea usted que hacer anoche?

GERARDO.—¿Por qué no? Fuí a una Academia donde un ñor sabio daba una conferencia.

IRENE.—¡Ah! ¿Y se divirtió usted mucho?

GERARDO. *(Muy serio.)*—¡Oh! ¡Locamente!

IRENE.—¿De qué hablaba?

GERARDO.—De la situación económica en los países balnicos.

IRENE. *(Riendo.)*—No veo la diversión.

GERARDO. *(Tímidamente.)*—Es que a mí me divierte lo que instructivo. *(Pausa.)*

IRENE.—Eso que dice usted es demasiado serio para su ad.

GERARDO.—¿Hago mal?

IRENE.—¡Oh! No seré yo quien le censure. Además, el ejemo de usted en esta casa ha sido muy saludable.

GERARDO.—Sí. *(Pausa.)* Porque ahora mi padre trabaja, erdad?

IRENE.—¡Trabaja! *(Pausa.)* ¡Ya era hora!

GERARDO.—Verdaderamente. Desde que llegué vi que el gar paterno estaba un poco en desorden.

IRENE.—Un poco...

GERARDO.—Me propuse que las cosas cambiaran y me pa ce que lo he conseguido... ¿no es verdad?

IRENE.—Es usted muy bueno, Gerardo.

GERARDO. *(Serio.)*—Realmente, soy..., no sé; pero, en es natural... Quiero que mi padre sea feliz. Y para ser f tiene que ser rico, muy rico.

IRENE. *(Sonriendo.)*—Sin embargo, se dice que el din no es la felicidad.

GERARDO.—Pero, por si acaso, yo quiero que mi padre millonario.

IRENE.—No seré yo la que lo sienta. Y no crea usted, a no me atrae el dinero.

GERARDO. *(Asombrado.)*—¿No?

IRENE.—No. Pero sé que es indispensable que mi mar trabaje. La ociosidad no ha sido útil a nadie. Y a él men

GERARDO. *(Emocionado.)*—Usted es muy buena y muy zonable. Habla usted como una señora de edad.

IRENE.—¡Qué remedio! Mi marido, en cambio, es un c quillo. Había que compensarlo todo. En fin, ¿qué? ¿No da usted más trabajo? Pues voy a dar un vistazo a la cina. Esto también parece que no es nada. Pero da traba Hasta luego, mi querido jefe.

GERARDO.—Adiós, querida secretaria. *(Vase Irene.)* muy buena esta joven mamá. *(Silba alegremente, se sie a la mesa y empieza a escribir. Suena el teléfono.)* ¿E ¿Quién? ¡Ah! ¿Es usted, el contratista? Sí, sí. Aquí, Ger do Morrison. ¿Qué es ello? ¿Cómo? Detenidos los trabaj Pero ¿por qué? ¿Que el señor Landier no ha parecido h por las obras? Bien, bien. Perdone usted. Voy a enterarr *(Cuelga el aparato. Se levanta. Da unos pasos inquieto. F último, toca el timbre y entra* JULIÁN.*)*

ESCENA III

GERARDO y JULIÁN.

JULIÁN.—¿Llamaba el señor?

GERARDO.—Sí. ¿Y mi padre? ¿Dónde está?

JULIÁN.—¡Ah! Eso...

GERARDO.—Creí que había ido a las obras. Me dicen que le han visto hoy.

JULIÁN. *(Tranquilamente.)*—Eso será que el señor se quedado dormido.

GERARDO. *(Saltando.)*—¿Dormido? ¿Cómo dormido? ¡A l diez de la mañana!

ULIÁN.—En París ésa es una hora muy razonable.

GERARDO. *(Después de una pausa.)*—¡Vaya usted a despertarle!

JULIÁN.—¿Despertarle? No va a ser cosa fácil.

GERARDO.—Vaya usted en seguida.

JULIÁN.—¡Bien, bien! *(Aparte.)* (Este señorito joven resulta un poco molesto.) *(Vase Julián.)*

ESCENA IV

LUCIANO, GERARDO y JULIÁN.

(Gerardo se pasea nervioso. Su buen humor ha desaparecido. Mira el reloj, mueve la cabeza contrariado. Al cabo de un momento entra JULIÁN.*)*

JULIÁN.—El señor estaba trabajando en la cama. Ahora viene.

GERARDO. *(Escandalizado.)*—¡Trabajando en la cama! *(Aparece* LUCIANO. *Viste una capa de baño. Acaba de levantarse. Trae los cabellos en desorden.)* Buenos días, papá.

LUCIANO. *(Medio dormido.)*—¿Has dicho que me despertaran? ¿No podías dejarme dormir un domingo?

GERARDO.—¿Cómo un domingo? Si hoy es jueves.

LUCIANO.—¿Estás seguro?

GERARDO. *(Cogiendo el calendario.)*—Míralo.

LUCIANO.—Es verdad. Es curioso. Pues yo hubiera apostado que... *(Bosteza.)*

GERARDO.—He dicho que te despertaran porque el tiempo apremia.

LUCIANO. *(Dócilmente, vuélvese a Julián con un ligero tono de reproche.)*—Sí, es verdad. El tiempo apremia. ¿Por qué no me ha llamado usted?

JULIÁN.—Perdone el señor; pero yo creí...

GERARDO. *(Brutalmente.)*—¡Váyase de aquí! ¡No saben ustedes cumplir con su obligación! *(Vase Julián.)*

LUCIANO.—Cálmate, hombre. Ten más cuidado. Eres demasiado duro con Julián. Piensa que está conmigo hace muchos años.

GERARDO.—Perdóname, pero estoy contrariado. Hemos perdido medio día de trabajo. Tú debías haber ido esta mañana con los planos para repartir la tarea.

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Te parece que hago poco todavía? ¿Sabes hasta qué horas estuve trabajando anoche? No, ¿eh? Pues hasta las dos!

GERARDO.—En efecto: tienes la cara fatigada.

LUCIANO.—¡Que si estoy fatigado! ¡Como que apenas si pu do tenerme en pie! *(Paladeando.)* Y luego tengo una sed De buena gana me tomaría ahora un "whisky".

GERARDO.—Papá, ¡por Dios! Ya sabes que el médico te prohibido el alcohol.

LUCIANO.—No, mi médico no. Ha sido el tuyo. Tu médi americano.

GERARDO.—Te traje mi médico porque vi que estabas m y quería que te reconociese.

LUCIANO.—Y muy mal debió encontrarme, porque ese bá baro de un golpe nos ha suprimido el tabaco, el vino y alcohol.

GERARDO. *(Sentencioso.)*—¡El alcohol mata o enloquece!

LUCIANOO.—Sí, hombre, sí. Y el juego es la perdición los hombres, ¿verdad? *(Le mira compasivo.)*

GERARDO.—Yo sé que siguiendo el régimen que te han r comendado estarás más ágil.

LUCIANO.—No será hoy. *(Pausa.)* No. Lo que es hoy m siento débil, muy débil. Como que me parece que voy a vo verme a la cama. *(Molesto.)* A ti te parece raro que pued tener uno necesidad de sueño. ¡Qué quieres, hijo! ¡Cuand tengas tú mis años...!

GERARDO.—¡Bah! Tus años...

LUCIANO. *(Irritándose.)*—Lo que quieras; pero tengo gar de volver a acostarme. Esto es el colmo ya. No va uno tener derecho a ponerse enfermo.

GERARDO. *(Vivamente.)*—¿Pero estás malo?

LUCIANO.—¿Yo? No. No se trata de eso ahora. Ademá desde el momento que me habéis despertado, ya se acabó sueño. No hay que pensar en dormir. Lo que sí quiero qu sepas es que me parece ridículo esto de que yo tenga qu disculparme delante de mi padre.

GERARDO.—¿Eh?

LUCIANO.—No, no. He querido decir delante de mi hijo *(Furioso.)* Es natural que me equivoque. Te juro que ha momentos en que no sé cuál de los dos es el hijo, tú o yo.

GERARDO. *(Ingenuamente.)*—Soy yo.

LUCIANO. *(Irónico.)*—Si, ¿eh? Gracias por la noticia.

GERARDO.—¡Chist!

LUCIANO.—¿Qué? ¿No voy a poder hablar?

GERARDO.—No digas nada. Mira... *(Le enseña la caja.)*

LUCIANO.—¿Qué es eso?

GERARDO.—Una sorpresa para ti. ¿No es hoy tu cumpleaños?

LUCIANO. *(Halagado.)*—¡Ah! *(Pausa.)* Te agradezco el re-

erdo. Es verdad. Es mi cumpleaños hoy. Cumple treinta y ueve. Y me parece que los llevo bien, ¿eh?

GERARDO.—¡Me ha gustado tanto que llegara esto hoy presamente!

LUCIANO. *(Interesado.)*—Eres muy amable. Pero, dime: qué viene ahí dentro? Debe ser una cosa enorme.

GERARDO. *(Frotándose las manos.)*—¡No te lo puedes figuar!

LUCIANO.—¡Ah! No. Eso desde luego. Pero ¿qué es? ¿Un ine de salón? ¿Un mueble antiguo? ¿Un oso vivo? *(Pausa.)*

GERARDO. *(Orgulloso.)*—¡Es toda la colección de muestras el jabón Morrison!

LUCIANO. *(Estupefacto.)*—¡Eh! ¿Qué dices?

GERARDO.—Y voy a darte la gran noticia, querido padre... partir del día de hoy eres el agente general del jabón Morison para Francia, Bélgica y los Países Bajos. ¿Eh? ¡Perníteme que te felicite! *(Le estrecha las manos y le abraza.)*

LUCIANO. *(Aterrado.)*—Pero... *(Se sienta.)* Bueno... Esto o puede ser.

GERARDO.—Estás contento, ¿verdad?

LUCIANO. *(Dolosamente.)*—¡Eso no es posible, hijo mío! Tú quieres mi muerte!

GERARDO.—¡Yo quiero que seas feliz!

LUCIANO.—Evidentemente... Tú crees hacerme un favor. *(Mira horrorizado la caja.)* ¡Bonito porvenir!

GERARDO. *(Orgulloso.)*—En esa caja tienes nada menos que ciento treinta y cuatro clases diferentes de jabón.

LUCIANO.—¡Hay para odiar la limpieza por todo el resto le nuestros días!

GERARDO. *(Golpeándole amistoso.)*—Vamos, papá; hay que animarse. Piensa en lo ocupado que vas a estar ahora. Tendrás que entenderte con los viajantes, telefonear, despachar la correspondencia y al mismo tiempo dirigir las obras de la fábrica.

LUCIANO. *(Irónico.)*—No se te ocurre nada más, ¿eh? *(Pausa.)* ¡Valiente educacioncita te han dado!

GERARDO.—Figúrate... A los diez años me pusieron a barrer las oficinas; a los doce era ya empleado... Animo, papá. Estás decidido, ¿verdad?

LUCIANO.—¿Que si estoy decidido? Ya lo creo. *(Aparte.)* (Ya verás tú a lo que estoy decidido.)

GERARDO.—¿Sabes cuánto vas a ganar todos los años? Pues probablemente diez..., quince mil dólares. Ahora que tendrás que moverte mucho.

LUCIANO. *(Irónico.)*—Hay que ver. ¡Qué cosas tan agradables me dices!

MECANÓGRAFA. *(Entrando.)*—La señorita Oposum tele nea para preguntar si irá hoy a verla el señor arquitecto.

LUCIANO.—¡Ah! Sí. Es verdad. Lo había olvidado. Díga que sí, que iré. *(Vase la Mecanógrafa. Luciano se frota manos.)* Es un encargo que me hicieron ayer... La co trucción de un hotelito de recreo.

GERARDO.—¡Así me gusta! Veo que el mucho trabajo no asusta.

LUCIANO.—Sobre todo éste.

GERARDO.—*Well!* Eso está bien. Me alegra mucho verte t animado.

LUCIANO.—¿Sí? Pues mejor que mejor. Oye... *(Señalan la caja.)* ¿Dejaremos eso ahí?

GERARDO.—Naturalmente. Mañana te explicaré todo lo q tienes que hacer. Hasta luego, ¿eh? No olvides las obras la fábrica...

LUCIANO.—No pienso en otra cosa, hijo mío.

GERARDO.—*Well!* Te dejo. Voy a trabajar un poco. *(Vase*

ESCENA V

LUCIANO; luego, JULIÁN.

(Luciano ve salir a Gerardo con una cómica resignación

LUCIANO. *(Toca el timbre.)*—¡Ah! ¡No, no... y no! ¡E ¡No aguanto más! ¡Esto se acabó! ¡Se acabó! Esta situació es ya imposible. *(A* JULIÁN, *que entra.)* Oye, Julián: tráem una camisa blanda y un traje de casa.

JULIÁN.—En seguida, señor. *(Le ayuda a quitarse la bat Aparece* LUCIANO *vestido de frac, en mangas de camisa; es es, sin el frac. La pechera y el cuello de la camisa, arrugad simos. La corbata, colgando.)* ¡Cómo! ¿Pero el señor se h acostado vestido?

LUCIANO. *(Vistiéndose rápidamente.)*—Tú verás. He en trado esta mañana en casa con el lechero... No tuve fue zas más que para tumbarme en el diván. No me tenía e pie. ¡Y qué bien lo he pasado, querido Julián! Estuve e Maxim. Ha sido una noche completa. *(Se cambia de rop mientras habla.)* Es verdad que tengo un hijo que ya es u hombre; pero..., que lo creas o no, no puedes figurarte l que rejuvenece tener un hijo tan grande.

JULIÁN.—El señor puede estar satisfecho de tener un hij tan serio. Todas las mañanas el señorito Gerardo telefone dicta, escribe... ¡No descansa un momento!

LUCIANO.—Es muy listo... *(Incomodándose repentinamen-*) ¿Y tú? ¿Qué pineas tú de todo esto?

JULIÁN.—Señor... Yo lo único que puedo decir es que, desde ce quince años que estoy al servicio del señor, hasta hoy no bía cobrado nunca con puntualidad...

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí?

JULIÁN.—Pero... a pesar de eso... Echo de menos las épos en que no cobraba al corriente...

LUCIANO.—Gracias, Julián... Eso que me dices es muy agrable... Pero tranquilízate... Los tiempos que echas de mes volverán... Ya lo creo que volverán... Y más pronto de lo e tú crees... Puedes retirarte, Julián... *(Vase Julián. Luno se instala en el bureau.)*

ESCENA VI

IRENE y LUCIANO.

LUCIANO.—Decididamente tendré que poner remedio a este tado de cosas...

IRENE.—¡Hola...! ¿Estás aquí? *(Se acerca y le besa.)* ¿Has uelto ya de la obra? ¡Chist! ¡Chist! A callar... Sigue trabando... Yo no quiero molestarte... *(Se dirige a la puerta.)*

LUCIANO.—¡Espera! ¡Espera! Tengo que hablarte...

IRENE.—No, no... Ahora no... No quiero distraerte... Ya ablaremos luego, a la hora del almuerzo...

LUCIANO.—Te digo que vengas... Ha de ser ahora...

IRENE.—¿Tienes algo importante que decirme?

LUCIANO.—Muy importante... En primer lugar... apenas e veo.

IRENE.—Debiera ser yo la que me quejara de eso...

LUCIANO.—Entonces, ¿a ti te parece natural?

IRENE.—No creas que me gusta, no...

LUCIANO.—¡Pues cualquiera lo diría!

IRENE.—¿Sí? Repítelo otra vez... y te pego...

LUCIANO.—¡Mujercita mía querida! Ven... Fíjate en lo que oy a preguntarte... ¿Conoces un sitio que se llama Roinsón?

IRENE.—¡No lo voy a conocer...! Si fué allí donde nos vimos or primera vez...

LUCIANO.—Celebro que no lo hayas olvidado... Pues bien... A las once y cuarenta sale un tren para Robinsón...

IRENE.—¿Sí?

LUCIANO.—A las doce y media estaremos tú y yo almorzando alegremente como dos tórtolos... en Robinsón.

IRENE.—¿Qué dices?
LUCIANO.—Ni una palabra más... Ve a vestirte.
IRENE. *(Asombrada.)*—Y Gerardo, ¿viene con nosotros?
LUCIANO. *(Violentamente.)*—¡Ah! ¡No!... *(Pausa.)* A más, no hay que decírselo...
IRENE.—Pero entonces... no comprendo... ¿Quieres que n vayamos a almorzar al campo?
LUCIANO.—¡Claro! Y puede que comamos también... Y saremos el día y la noche, y puede que más días y más ches... Acaso un año entero.
IRENE. *(Asombrada.)*—Pero, ¿y los negocios?
LUCIANO.—¡Déjame en paz de los negocios!
IRENE. *(Le mira sonriendo.)*—¡Qué chiquillo eres!
LUCIANO.—¿Qué?
IRENE. *(Cariñosamente.)*—¡Y puede que de veras te pare eso bien!
LUCIANO. *(Desarmado.)*—¿Cómo? Pero, ¿no quieres? ¿P qué no quieres?
IRENE.—Yo no te digo más que una cosa... Pregunta a G rardo a ver si eso es posible.
LUCIANO. *(Levantando los brazos.)*—¡A Gerardo! ¡Y d con Gerardo! ¿Qué tiene que ver mi hijo en todo esto? ¿ que voy a tener que pedir yo permiso a ese chiquillo?
IRENE.—Ese chiquillo es mucho más formal que tú...
LUCIANO.—¡Ea! Ya pareció la formalidad... Lo esperaba Sí... Entonces, ¿qué? ¿No quieres venir? Piénsalo bien... Mi que es grave...
IRENE.—Pero, hombre... compréndelo... Irse así, de repen
LUCIANO.—Bien, bien... Está bien... *(Pausa.)* ¡Soy un e clavo! ¡Abajo la tiranía!
IRENE.—¿Te enfadas?
LUCIANO.—¡Déjame! ¡Te lo suplico!
IRENE.—En vez de hablar así de tu hijo... deberías pens lo que ha hecho por ti... Fíjate bien en tu situación de hoy
LUCIANO.—Ya lo sé... Es mi hijo el que se preocupa de pr porcionarme una situación... A mí... ¡A su padre! Muy bon to... ¡El mundo al revés!
IRENE.—No eres justo... Si no fuera por él, ¿qué sería h de nosotros?
LUCIANO.—Pues que viviríamos tan contentos como antes.
IRENE.—No podemos estar riéndonos toda la vida...
LUCIANO.—¡Tú no tienes edad para pensar esa insensate
IRENE.—Tener un hijo como Gerardo, y...
LUCIANO.—Ya sé lo que vas a decir... Y no saber ser padr ¿Verdad? Entonces, ¿qué quieres? Ponerte tú a escribir a m

ina y yo a vender jabón... Esto, a los cuatro meses de ca-
dos... ¡Preciosa luna de miel!

JULIÁN. *(Entrando.)*—El señor Percherón...

LUCIANO.—¡Ah! ¡Que pase! ¡Que pase! *(Vase Julián.)*

IRENE.—¡Vaya por Dios! Este va a distraerte del trabajo...

LUCIANO.—Y si yo quiero distraerme, ¿qué?

IRENE.—Nada, nada... Ya lo sé... ¡Qué criatura eres!

LUCIANO.—Sí, sí... Criatura...

IRENE. *(Sonriendo.)*—Bueno... Te dejo... Hasta luego... ebé! *(Vase Irene.)*

ESCENA VII

LUCIANO y ESTEBAN.

LUCIANO. *(Respirando.)*—¡Uff! *(Entra* ESTEBAN.*)* ¿Eres ? Ven aquí... ¿Te llevaron mi carta?

ESTEBAN.—¡Claro! La prueba es que me he levantado a es-s horas... *(Pausa.)* ¿Y qué?... Todo sigue igual... Tú... ufriendo!

LUCIANO.—No lo sabes bien... Pero, eso sí... Hoy me deci-... Hoy, mi querido Esteban... *¡Alea jacta est!*

ESTEBAN.—¿Qué quiere decir eso?

LUCIANO.—Pues quiere decir... ¡Al cuerno todo! ¡A vivir!

ESTEBAN.—¡Hola!

LUCIANO.—¡Créeme! La situación ha llegado ya a ser impo-ble...

ESTEBAN. *(Riendo.)*—Entonces... ¿qué? ¿El joven Gerardo ntinúa...?

LUCIANO.—¿Que si continúa? ¿Sabes lo que me ha anunciado sta mañana, como desayuno? ¡Que me nombra representante eneral para la venta del jabón en media Europa! Ahí tienes... sa es la caja de las muestras...

ESTEBAN.—Oye, pues eso te va a producir mucho dinero, eh?

LUCIANO.—No te digo que no, pero me tiene sin cuidado... ya no puedo más... Desde hace cinco semanas estoy con s pies metidos en barro en las obras... No tengo libertad ara beber, ni para reír... ¡ni para nada!

ESTEBAN.—¿Y qué dice Irene?

LUCIANO.—Irene... Ahora acabo de hablar con ella... ¡Está ncantada! ¡Encantada! Todo lo que hace Gerardo la parece agnífico...

ESTEBAN.—¡Vaya, hombre! Veo que está la casa cambiada... odo aquí se ha formalizado... El único que sigue sin tomar a vida en serio eres tú...

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí? Pues mira, para comenzar, hoy morzaremos los dos juntos... Y hasta es posible que acompañe alguien...

ESTEBAN.—¿Sí, eh? Eso es grave... ¿Mujer?

LUCIANO.—¡Claro! Depende de una última conversación voy a tener con Gerardo... Si no me da resultado...

ESTEBAN.—¡Te lanzas al mundo!

LUCIANO.—¡Tú lo has dicho!

ESTEBAN.—No está mal pensado.

ESCENA VIII

DICHOS; JULIÁN; luego, el REVERENDO; después, GERARDO

JULIÁN.—Una visita para el señor... y para el señorito rardo... Es un señor cura, inglés.

LUCIANO. *(A Esteban.)*—¿Eh? ¿Qué te parece? Bueno, b no... Dígaselo usted a mi hijo...

JULIÁN.—¿Le dejo esperando en el vestíbulo?

LUCIANO.—No, hombre... Que pase aquí... *(Vase Juliá* Ahí tienes, ¿eh? Ahora un cura... *(Entra el* REVERENDO LIDAY, *hombre de edad, rubicundo y jobial.)*

REVERENDO.—¿El señor Lautier...?

LUCIANO.—Servidor...

REVERENDO.—¿El padre de Gerardo Morrison?

LUCIANO.—El mismo.

REVERENDO.—Soy el Reverendo Holiday... un amigo de familia Morrison.

LUCIANO. *(Secamente.)*—Muy bien... *(Presentándole.)* amigo Esteban Percherón...

REVERENDO.—Caballero... *(A Luciano.)* He venido a imp tunar a ustedes...

LUCIANO.—Nada de eso... ¡Ah! Aquí está mi hijo... *(Ent* GERARDO.*)* Dejo a ustedes juntos...

GERARDO.—¿Qué tal, señor Reverendo?

REVERENDO.—"¡Good morning", Gerardo! *(A Luciano.)* N no se vaya. Mi visita es también para usted... Vengo a da gracias...

LUCIANO.—¿A mí?

REVERENDO.—Por la donación que ha hecho usted a la fu dación que dirijo...

LUCIANO. *(A Gerardo.)*—¿Que yo he hecho una donació ¿Yo?

GERARDO. *(Bajo a Luciano.)*—Me he permitido dar cien d lares en tu nombre...

LUCIANO. *(Bajo.)*—¡Caray...! Cien dólares... ¡No eres tú die!

REVERENDO.—La donación merecía que yo viniera a dar a ted las gracias personalmente...

ESTEBAN.—¿Qué institución es la que dirige?

REVERENDO.—No tiene nombre... Son muchachas de divers edades... Las tengo así... *(Ademán.)* Y así... *(Ademán.)* hasta así... *(Ademán.)* Y todas encantadoras...

LUCIANO.—¡Ah, sí!... ¿Son niñas...?

REVERENDO.—Sí, señor... Las hay morenas, rubias y rubias igenadas... Y todas ellas poseen las pantorrillas más bonis que el Creador ha echado al mundo...

ESTEBAN. *(Sorprendido.)*—¿Eh?

REVERENDO. *(Tranquilamente.)*—Soy el Pastor encargado dirigir la Casa de las "Dancing-Girls" en París...

LUCIANO. *(Sonriendo.)*—¡Hola! ¡Hola!

ESTEBAN.—¡Es una institución muy interesante!

REVERENDO.—Sí... Ya adivino lo que ustedes piensan... Usdes dirán... ¡Vaya un carguito el de este Reverendo!

ESTEBAN.—No, no señor... Yo, por mi parte, pienso que no debe usted aburrir...

GERARDO.—¡Ah! Eso no... El Reverendo tiene mucho trajo... *(Bajo.)* ¡Es un Santo! ¡Un verdadero Santo!

REVERENDO.—Verdaderamente, entre los sermones, los ensas, los consejos privados... Porque, claro, me consultan muas veces...

ESTEBAN.—Dígame usted, señor Reverendo... ¿se puede vitar la Institución?

REVERENDO.—Desde luego... Yo tendré mucho gusto en enñársela... Un día que no estén las "Girls"...

LUCIANO.—Pero tome usted asiento...

REVERENDO.—Mil gracias... Es verdad... Ya no tengo las iernas que tenía a los veinte años... *(Gerardo le ofrece un illón.)*

ESTEBAN.—En una palabra, que usted es el Pastor de la anza.

REVERENDO.—Justamente. Tengo a mi cargo varios temlos: Folies Bergeres, el Casino de París, el Moulin-Rouge... *(A Luciano.)* Y ahí tiene usted por qué, hace años, tuve ocaión de conocer y tratar a la madre de este joven.

ESCENA IX

DICHOS e IRENE.

IRENE.—¡Ah! Es el Reverendo señor Holiday, ¿verdad? rardo me ha hablado mucho de usted...

REVERENDO. *(Mirándola extasiado.)*—¡Oh, señora! Enc tado... ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué carrera tan espléndida ha despe ciado usted!

LUCIANO.—¿Eh?

REVERENDO.—Con esos pies... y esa figura... ¡Oh! Perdo ustedes... Es la costumbre...

LUCIANO. *(A Irene.)*—Ahí tienes, lo que te has perdido.

IRENE.—La verdad es que no comprendo... *(A Esteba* ¡Ah! Esteban... ¿ya de vuelta? *(A Gerardo.)* Supongo que señor Holiday se quedará a almorzar con nosotros...

REVERENDO.—Muy agradecido... Ya sé que ha sido us tan amable que ha aceptado el patronato de nuestro Ar de Navidad.

LUCIANO. *(A Esteban.)*—(¿Oyes? También se habían ca do esto... Me parece que sí, que vamos a almorzar tú y solos.)

ESTEBAN.—(Te advierto que a mí no me han invitado.)

LUCIANO.—(¡Mejor!) *(Alto.)* Bueno, yo dejo a ustedes. T go que hablar con Gerardo.

REVERENDO.—Si estorbo...

LUCIANO.—De ningún modo. *(A Esteban.)* (¿Lo ves?... A ra, un pastor... Dios sabe la gente que van a meter en es casa.)

IRENE. *(Al Reverendo.)*—Reverendo, les dejaremos que h blen aquí; pasaremos al gabinete. Yo le enseñaré el camino Venga usted por aquí... Por aquí. *(Sale Irene por la de cha. El Reverendo la sigue.)*

LUCIANO. *(Empujando a Esteban.)*—Anda, sal tú tambié *(Sale Esteban. Cuando Gerardo se dispone a salir, Luciano detiene.)* No... Tú, quédate. *(Gerardo se detiene. Lucian cierra.)*

ESCENA X

LUCIANO y GERARDO.

GERARDO.—¿Tienes algo que decirme?

LUCIANO.—Sí.

GERARDO.—¿Necesitas algunos datos para la fábrica?

LUCIANO. *(Impaciente.)*—No, hombre, no. Pero ¿tú cre

e en la vida no hay más asuntos de conversación que tu orica?

GERARDO.—Es que... compréndelo... Cada día de retraso presenta una pérdida importante.

LUCIANO. *(Fingiendo asombro.)*—Pero ¿qué manera de hablar es ésa? ¡Vaya, hombre! Hay momentos en que me tratas no si fuera un subalterno tuyo. ¡Olvidas que soy tu padre!

GERARDO.—¡Perdóname!

LUCIANO. *(Después de una pausa.)*—Mira, Gerardo... No ería tener contigo esta explicación, y acaso sea más convente para los dos tenerla. Desde que llegaste, te veo diariante; pero no por eso te conozco todavía bien... Eres un chacho y has traído contigo tu afecto, tu cariño, tu simía... pero un poco a la americana, y esto hace que no nos abemos de entender bien del todo...

GERARDO.—¿No?

LUCIANO.—Fíjate bien. Desde que llegaste, no te vemos más e para oírte hablar de fábricas, de talleres o de dólares... da la semana trabajas, y el domingo desapareces... ¡Si a se le llama intimidad familiar en América!...

GERARDO.—Es que...

LUCIANO.—Mírame. Tú eres un muchacho joven. Yo no soy jo. Los que nos vean juntos pensarán que somos dos ami-s, dos camaradas... Pues bien, seámoslo... ¿No te parece? amos dos amigos y charlemos un poco como buenos amigos, como asociados.

GERARDO.—Como tú quieras, papá.

LUCIANO. *(Afectuosamente.)*—Así me gusta... Vamos a ver. éntame... ¿Qué haces los domingos, que no se te ve? Es eciso que me lo digas... Necesito saberlo... ¿Cómo pasas tiempo? ¿Paseas?

GERARDO.—Sí.

LUCIANO.—¿Te gusta la capital?

GERARDO.—¡Oh! Ya lo creo...

LUCIANO.—¿Y las muchachas?

GERARDO.—¿Eh?

LUCIANO.—Digo que habrás visto que aquí son lindísimas s mujeres... ¿No?

GERARDO.—Sí... Sí... Desde luego. Pero...

LUCIANO.—¡Bah! Conmigo no tienes por qué disimular. Ya s... Yo, que no soy ningún pollo, sin embargo, me gusta rlas, admirarlas... Ayer mismo, en el bulevar, a eso de las s de la tarde, vi a una... ¡Vaya criaturita! Qué nuca... Qué ejas... Qué piernas... ¡Y cómo trotaba! Claro que tenía mo-o para correr... Iba a ondularse...

GERARDO. *(Ingenuamente.)*—¿Y cómo lo sabes tú?

LUCIANO.—¿Yo?... Ah, sí. Lo supe... porque... porque l entrar en la peluquería... ¡Claro! En seguida me figur Supongo que no irás a pensar que me acerqué a ella...

GERARDO.—Claro que no. Ni muchísimo menos.

LUCIANO.—Tú en mi lugar, sí que la hubieras hablado ¿

GERARDO. *(Escandalizado.)*—¿Yo? ¡Papá, por Dios! ¡ cosas dices!... *(Pausa.)*

LUCIANO. *(Contemplándole.)*—Oye, Gerardo, ¿es que disi las o que te burlas de mí?

GERARDO.—¿Por qué? Soy sincero... ¡Digo lo que sient

LUCIANO.—Pero entonces... ¿qué haces tú los domingos

GERARDO.—¿Qué quieres que haga? Visito los Museos, los monumentos, recorro las calles...

LUCIANO.—¿Nada más?

GERARDO.—Nada más.

LUCIANO.—¡Si no puede ser! Pero ¿no tienes una no ¿No te diviertes? Mira, Gerardo, dime la verdad. Tú no sa la importancia que tiene esto... *(Transición.)* ¡Me gust tanto que te parecieses un poco a mí!...

GERARDO.—No te comprendo... A mí me enorgullece como soy. Quiero tener la satisfacción de no ceder a ning de las tentaciones de París.

LUCIANO.—¡Ah! Sí... Las tentaciones... París... La B lonia moderna... Es verdad... Es verdad... *(Pausa.)* ¡ tristeza!

GERARDO.—Yo no soy despilfarrador... ni mujeriego.

LUCIANO. *(Después de una pausa.)*—¡Pobre muchacho!

GERARDO.—Ahora que... tienes razón... Es verdad que he ocultado una cosa.

LUCIANO. *(Alegre.)*—¿Sí? Vamos, hombre... Menos ma

GERARDO. *(Dudando.)*—Sí... Antes de salir de Améric yo... pues... vamos... me comprometí para casarme...

LUCIANO. *(Asombrado.)*—¡No es posible!

GERARDO.—Sí, sí. Yo te lo hubiera dicho, ya lo supondrá Pero esperaba...

LUCIANO. *(Irónico.)*—Sí... Esperarías a que la fábrica tuviera terminada. *(Pausa.)* En fin... Cómo ha de ser... prefiero... ¿Y qué? ¿Cómo es ella? ¿Tienes alguna fotograf

GERARDO. *(Sacándola de la cartera.)*—Mírala.

LUCIANO. *(Estupefacto.)*—¿Eh? Pero... ¿estás segu ¿Esto?... ¿Qué es esto? Quiero decir, ¿a qué se dedica e fenómeno?

GERARDO. *(Muy satisfecho.)*—Es doctora en Medicina.

LUCIANO.—¿En Medicina? ¡Es espantoso!

GERARDO. *(Un poco molesto.)*—Es muy sencilla. Ya se v Pero es de una gran elevación de ideas.

JCIANO. *(Sin salir de su asombro.)*—¡Ay, ay, ay, ay! ¿Y la quieres?

ERARDO.—Creo que sí, que la querré. Será una excelente er... Y luego, está muy bien constituída...

JCIANO.—Sí, ya... Ya se ve... *(Pausa.)* Bien, bien. *(Dán- el retrato.)* Toma, guárdate tu Dulcinea.

ERARDO.—Parece que te ha disgustado que no te lo dijera s.

JCIANO.—¿Disgustado? Sí, es verdad. Me ha disgustado. o no me disgusta lo que tú te figuras. Me disgusta... ver eres tan distinto... que no te pareces en nada a mí. Eso odo. Me disgusta que vengas a París por vez primera y te etengas en contemplar los monumentos. Me disgusta ver hombre de veinte años que no tiene alegría, ni juventud, ovia... Y, sobre todo, me indigna ver que tu prometida es fea que los siete pecados capitales juntos... y doctora Medicina, por si era poco...

ERARDO. *(Escandalizado.)*—Pero papá, ¿qué dices?

UCIANO.—No, no. ¡Si no es posible! No puede ser... Eso es verdad. Vamos a ver... Con el corazón en la mano... éstame. ¿Tú quieres al doctor ese?

ERARDO.—Yo... Espero que sí, que la querré... porque...

UCIANO.—Sí, ya lo sé... Porque está muy bien constituída. me lo has dicho. Pero... aguarda un poco. No creas que cosas van a ir como tú crees.

ERARDO. *(Sorprendido.)*—¿Pero por qué te enfadas con- o así?

UCIANO.—¿Quieres saber la razón? Pues porque veo que hay nada que hacer; que somos tan diferentes y estamos lejos el uno del otro como si tú no hubieras salido nunca ese país, donde se come con agua helada y meten a los ibres en la cárcel por sonreír en la calle a una mujer.

ERARDO.—Es verdad... Pero yo soy un joven formal. No un... enamoradizo.

UCIANO.—No te alabes, hijo; no te alabes. Si lo fueras, entenderíamos mejor. Yo hubiera reconocido en ti mi gre si en vez de hablarme de cifras, de jabón y de benefi- s, me hubieras enseñado una carta de amor o el retrato una chica guapa.

ERARDO. *(Enseñándole la fotografía.)*—Pero, papá, ¿no has to?...

UCIANO.—¡Ah! No... No me hables de ésa. ¡Qué horror!

GERARDO.—¡Es mi prometida!

UCIANO.—En primer lugar, no es tu prometida. Ahora smo la vas a escribir diciéndola que no te casas con ella...

GERARDO.—¡Pero, papá, si no tengo motivos!

LUCIANO. *(Saliendo.)*—¿Que no? ¡Vaya si tienes! Y niego mi consentimiento... Me parece que ya es un motiv
GERARDO. *(Siguiéndole, alocado.)*—¡Oh, Dios mío! ¿V negarme...?
LUCIANO. *(Furioso.)*—*¡Yes!* Y haciéndolo así, creo fi mente que es por tu bien. Ya lo sabes. Hasta luego. *(Luciano.)*

ESCENA XI

GERARDO; luego, IRENE.

(GERARDO *queda aterrado. Mira la fotografía; hace ge desesperados, como diciendo: "¡No lo entiendo!" Levanta brazos al cielo y se pasea completamente anonadado.)*

IRENE. *(Con unas flores.)*—¿Se puede? ¿No molesto?
GERARDO.—No, no, Irene. Pase usted... El trabajo ya nos ha estropeado hoy.
IRENE.—¿Eh? ¿Qué tiene usted, Gerardo? ¿Qué le suce *(Gerardo hace un gesto.)* ¿Está usted triste?
GERARDO. *(Gravemente.)*—¡Muy triste!
IRENE.—¿Qué es ello?
GERARDO.—Una cosa íntima.
IRENE.—¿Y no puede usted decírmela? *(Pausa.)* Tan p confianza tiene usted en mí?
GERARDO.—No es eso. Sí... Tengo confianza... *(Pau* Acabo de romper con mi prometida.
IRENE. *(Asombrada.)*—¿Eh? ¿Pero se iba usted a cas Pues es la primera noticia...
GERARDO.—No; ya, no... Papá me ha ordenado que romp
IRENE.—Pero ¿con qué derecho?
GERARDO.—¿No es él mi padre?
IRENE. *(Riendo.)*—Desde luego; pero... ¿por qué raz ¿En qué se funda?
GERARDO.—No sé... Porque ha visto su retrato.
IRENE.—¡Vamos! ¡Vamos! Eso es una broma, segurame Usted no le conoce todavía. Es un chiquillo. ¿Cómo qui usted que por haber visto una fotografía...? ¡Bah! Déje usted a mí, que yo arreglaré eso. A ver el retrato. *(Gera se lo entrega. Irene lo ve y da un salto. En seguida mira Gerardo con burlona compasión.)* ¡Ah! Pues sí... Es verd No es una broma, no. ¡Ah, pobre Gerardo!
GERARDO. *(Tímidamente.)*—Es doctora en Medicina.
IRENE.—¡Ah! ¿Sí?... Entonces, bueno. Es lo único que faltaba... *(Pausa.)* Perdóneme usted... Y... ¿está aquí m parecida?

ERARDO.—¡Oh, ya lo creo! Está hablando...
ENE.—¿Hablando? *(Pausa.)* Y usted... ¿la quiere?
ERARDO. *(Ambos miran juntos la fotografía.)*—Creo que
ue la querré... Yo he conocido pocas mujeres...
ENE.—¡Oh! Eso se ve.
ERARDO.—Son tres hermanas. Pero ésta... Dorotea... es
ejor.
ENE.—¡Ah! Si ha elegido usted la mejor...
ERARDO.—Yo ya sé que es fea... ¡Oh, como fea, es verda-
mente fea! Pero verá usted... si se la detalla...
ENE.—No. No la detalle usted.
ERARDO.—¿No? *(Están juntos. Gerardo mira las manos de
e.)* Es verdad... Ella no tiene las manos bonitas...
ENE.—No se la ven bien.
ERARDO.—No, no... No las tiene bonitas. Y además *(Mira
ene.)*, se peina mal... No viste con elegancia...
ENE.—Pero tendrá una gran inteligencia.
ERARDO.—Sí; eso, sí. Mucha inteligencia.
ENE.—De todos modos, lo que observo es que no se trata
una pasión avasalladora... *(Devuélvele la fotografía.)*
h! No se apure usted... Yo me encargo de buscarle otra
a.
ERARDO.—No; si no me corre prisa...
ENE. *(Alegremente.)*—La que yo le busque será una mu-
ha *bien*... Se lo aseguro a usted. Delgada... alta...
ERARDO. *(Sonriedo.)*—O pequeña...
ENE.—O pequeña. ¿La quiere usted rubia o morena?
ERARDO.—No he pensado... Más bien rubia.
ENE.—Eso es. Una rubia que vista bien.
ERARDO.—Usted la dará unas lecciones...
ENE.—Ya está... Ya sé lo que usted quiere. Una mu-
ha de mi tipo.
ERARDO. *(Protestando sinceramente.)*—¡Oh, mamá!...
ENE.—No. Si no será difícil. Ya lo verá usted. Encontra-
os muchas... Se verá usted apurado para elegir... Y no
ondrán mala cara, porque usted... usted es un buen mozo.
ERARDO. *(Tímidamente.)*—Sí. Estoy bien de músculos...
ENE. *(Distribuyendo las flores.)*—Sus amiguitas ya le
rán dicho que es usted un guapo mozo...
ERARDO.—¿Mis amiguitas? ¡Pero si yo no tengo amiguitas!
ENE.—Claro que tampoco me lo iba usted a decir...
ERARDO.—¿A usted? No. Pero es que realmente no las
go. *(Irene rompe a reír.)*
ERARDO.—¿De qué se ríe usted?
ENE.—Me río porque pienso que me voy a divertir mu-
buscándome yo una nuera.

GERARDO.—No, no corre prisa... Más adelante...
IRENE.—¿Por qué? ¿Es que piensa usted todavía en la e
GERARDO.—¡Oh, no!
IRENE.—¿De veras?
GERARDO.—Se lo juro a usted.
IRENE.—¿Entonces se ha consolado usted ya? ¿Está tento?
GERARDO.—Sí... Estoy contento.
IRENE.—¿Y no me guarda usted rencor por haber llam fea a su prometida?
GERARDO.—¡Oh, no! Ahora ya tengo los ojos abiertos... verdad. Dorotea es verdaderamente horrible... Más fea muchos pecados capitales juntos. Sí... sí... Yo la doy a u las gracias. Y ahora voy a buscar al pastor para decír Hasta luego. *(Vase.)*
IRENE.—¡Pobrecillo!

ESCENA XII

IRENE y LUCIANO.

(Irene continúa colocando las flores. Entra LUCIANO.*)*
IRENE.—¡Hola, bebé! *(Deja las flores y corre a abrazar* No estás enfadado, ¿verdad?
LUCIANO. *(Distraído.)*—¡Hola!
IRENE. *(Mirándole.)*—¡Oh! ¿Todavía de mal humor?
LUCIANO. *(Nervioso.)*—No.
IRENE.—¿Sabes que acabo de hablar con Gerardo?
LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué te ha dicho?
IRENE.—Que le has obligado a romper. ¡Ah! Y entre réntesis, te diré que has hecho bien.
LUCIANOO.—¡Vamos! Este es un acontecimiento excep nal. Es la primera vez que tratándose de Gerardo me d la razón.
IRENE.—Cualquiera diría que le has tomado manía al ch
LUCIANO.—Mira, en primer lugar no es ningún chico. ¡E que ver la estatura! Como que yo creo que no ha sido c nunca.
IRENE.—Tan formal, tan trabajador...
LUCIANO.—Demasiado trabajador. Ese es su mayor defe
IRENE. *(Riendo.)*—¿Y te preocupa?
LUCIANO.—No sólo me preocupa. Es que empiezo ya a tar harto.
IRENE. *(Riendo.)*—¡Tiene gracia!
LUCIANO.—Pero vamos a ver: ¿cuándo me vas a tomar en serio?

ENE.—Yo, lo que no quiero es verte enfadado. *(Abrazán-.)* ¿Lo oyes?

UCIANO.—Déjame.

RENE. *(Separándose.)*—Lo que dices es ridículo.

UCIANO. *(Decidido.)*—Ya lo sé, y por eso me voy. Tú me ulparás con nuestro invitado. Yo almuerzo fuera.

RENE.—¿Sin mí?

UCIANO.—Sin ti. ¿Es que no voy a tener el derecho de lorzar solo?

RENE. *(Tristemente.)*—Como es la primera vez que lo es...

UCIANO.—Alguna tenía que ser la primera.

RENE. *(Pausa.)*—¿Te has fijado bien?

UCIANO.—¿En qué?

RENE.—En que es la primera...

UCIANO.—La primera, ¿qué?

RENE.—Nuestra primera escena. *(Luciano calla.)* Vas a r... sin mí. Está bien. Vete.

UCIANO.—Escucha, Irene. ¿Quieres que nos vayamos los ? Así, sin pensarlo más. ¡A la una! ¡A las dos! ¿No? es como quieras. Yo estoy ya hasta el pelo de esta casa.

RENE. *(Riendo por no llorar.)*—No te quiero contestar. es un inconsciente. *(Vase, dando un portazo.)*

ESCENA XIII

LUCIANO; luego, ESTEBAN; después, GERARDO.

(Luciano, furioso, se precipita hacia la puerta de la izquier- y llama a Esteban.)

LUCIANO.—¡Esteban! *(Entra* ESTEBAN.*)* ¡Pronto! Tu bas-n, tu abrigo. *(Se los da.)* Lárgate. Date un paseo y pro-ra estar a la una en punto en el café de París. Almorza-mos juntos.

ESTEBAN.—¿Con la desconocida?

LUCIANO.—Con la desconocida. Ya la verás. ¡Qué mujer! na maravilla.

ESTEBAN.—Por lo que se ve estás decidido.

LUCIANO.—¡No lo sabes tú bien! *(En este momento ábrese puerta de la izquierda y aparece* GERARDO. *Al ver gente trocede para marcharse; pero la conversación que oye le tiene y se queda a escuchar.)*

ESTEBAN.—¡Ten cuidado, Luciano! Me parece que vas a cer una tontería de las gordas.

LUCIANO.—Me es igual. Por lo pronto lo que quiero es salir

de aquí, respirar libremente. ¡Oh! Tú no te das idea d que me sucede. ¡Estoy hasta el pelo, hasta el pelo!

ESTEBAN.—No te he visto nunca así.

LUCIANO.—Ahora márchate. La desconocida llegará de un momento a otro.

ESTEBAN.—¿Aquí?

LUCIANO.—Aquí, sí. Viene con el pretexto de una obra. drá en seguida, me esperará en un taxi y nos reunire contigo en el restaurant. *(Gerardo cierra suavemete la p ta y desaparece.)*

ESTEBAN.—Después de todo, tienes razón. ¡Haces b chico!

LUCIANO.—Tu opinión me tiene sin cuidado. Márchate. voy a vestirme. Hasta en seguida.

ESTEBAN.—¡Eres finísimo! Adiós. *(Luciano vase por la recha. Esteban sale por el foro. Casi inmediatamente en* GERARDO *con precaución. Le sigue el* REVERENDO.*)*

ESCENA XIV

GERARDO y el REVERENDO.

GERARDO. *(Preocupado.)*—Pase usted, pase usted.

REVERENDO.—Es muy simpático el señor Percherón. To desde luego, pero simpático. ¿Eh? ¿Qué le pasa a ust ¿Está usted preocupado?

GERARDO.—Sí. Mi padre me da muchos disgustos. No s usted lo que pasa... Estoy aterrado... Figúrese usted mi padre ahora está hasta el pelo...

REVERENDO.—¡Hasta el pelo! ¿De veras? *(Pausa.)* No, me sorprende.

GERARDO.—¡Ah! *(Pausa.)* ¿Y qué quiere decir con eso?

REVERENDO.—¿No lo sabe usted? Pues cuando se está ha el pelo... es que se desea otra cosa... Una *girl* que está ha el pelo es que quiere cambiar de novio, porque no la gu ya el que tiene.

GERARDO. *(Alarmadísimo.)*—Pero entonces esto es una tástrofe. *(Bajo y rápidamente.)* Hace un momento he o aquí a mi padre hablar secretamente con Esteban para morzar juntos con una mujer. Estaba muy nervioso. Y, s embargo, yo creo que tiene en casa todo lo que le hace fal para no ir a almorzar con una señorita.

REVERENDO.—El hombre es un animal de costumbres, malas costumbres generalmente.

GERARDO.—Usted ha visto cómo, gracias a mí, mi pad cambió de vida.

EVERENDO. *(Interrumpiéndole.)*—Gracias a usted, su pa- está que ya no puede más. Sí, amigo Gerardo; le ha he- usted la vida imposible.

ERARDO.—Permítame usted. Yo no puedo creer eso. En- ces yo soy un gran culpable.

EVERENDO.—No tanto.

ERARDO.—Ya ve usted. Ese almuerzo...

EVERENDO.—Eso es una tentativa de evasión.

ERARDO.—Pero es que va una señorita a ese almuerzo.

EVERENDO.—Eso es más grave.

ERARDO.—¿Por qué?

EVERENDO.—Porque..., porque cuando una de mis *girls* a almorzar a solas con un caballero es siempre una cosa ave. No me pida usted más detalles.

ESCENA XV

DICHOS y JULIÁN.

GERARDO.—¿Qué es eso?

JULIÁN.—Una visita para el señor.

GERARDO. *(Coge la tarjeta.)*—¡Ah! Ya sé lo que es. Yo la cibiré. Que espere un momento. Ahora la avisaré yo a us- d. *(Vase Julián.)*

ESCENA XVI

GERARDO y el REVERENDO.

GERARDO.—Vea usted. Es su tarjeta. La señorita que va a morzar con él: Paquita. Lo recuerdo, porque él mismo me a hablado de ella.

REVERENDO.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

GERARDO.—La voy a poner en la calle.

REVERENDO.—Eso es una tontería.

GERARDO.—Yo necesito remediar el daño.

REVERENDO.—Preferible es que hable usted con ella. Es ás... diplomático. Hay que meditar bien lo que se hace.

GERARDO.—¿Recibirla? Sí, mejor será. ¡Oh! Esto es una ragedia de Shakespeare.

REVERENDO.—Medite usted bien lo que hace.

GERARDO.—*Well!* Déjeme usted. Espere en esa habitación. *Vase el Reverendo. Gerardo toca el timbre.)*

ESCENA XVII

GERARDO, PAQUITA, JULIÁN.

JULIÁN.—¿Ha llamado el señor?

GERARDO.—Que entre esa señorita. *(Vase Julián. En s... da entra* PAQUITA. *Es una mujer elegantemente vestida... rardo, dignamente.)* ¿Es utsed la señorita Paquita?

PAQUITA.—Sí, señor. Tengo que celebrar una entrevist... el arquitecto.

GERARDO.—Tome usted asiento. Haga el favor.

PAQUITA.—Y porque se trata de él vengo a esta hora... sabe usted el trabajo que me cuesta levantarme tempran...

GERARDO.—¿Sí?

PAQUITA.—¡Vaya! Diga usted: ¿es usted su secretario...

GERARDO.—No.

PAQUITA.—¿Un amigo?

GERARDO.—*Yes!*

PAQUITA.—¡Ah! ¿Es usted inglés?

GERARDO.—Si a usted no la molesta...

PAQUITA.—¿A mí? Es muy elegante ser inglés. Y díga... ¿no está el arquitecto?

GERARDO.—Ha debido salir.

PAQUITA.—¿Cómo? ¿Se le ha olvidado que teníamos que... morzar juntos?

GERARDO.—Precisamente él me lo dijo.

PAQUITA.—¡Ah! ¿Va usted a almorzar con nosotros?

GERARDO.—No, no... Es decir, sí.

PAQUITA.—Me alegro. Ya sabrá usted que anoche estuvi... juntos.

GERARDO.—¿Anoche?

PAQUITA.—Sí. Ibamos una patulea de amigos. Estuvimos... Maxim's, y allí convinimos almorzar hoy juntos.

GERARDO. *(Escandalizado.)*—¡Oh! Pero dígame usted: ... veras quiere usted construir un hotel?

PAQUITA.—¿Yo? *(Riendo.)* ¡Qué cosas tiene usted! ¡A... edad!

GERARDO.—Pero usted viene a ver al arquitecto, ¿no?

PAQUITA.—Pero para lo del hotel... ¡Un hotel! ¡Ay, am... mío! Me faltan tres cosas antes de llegar al hotel: el au... el collar de perlas y el abrigo de Zibelina. Ahora estoy en... taxi y en el *petit gris*. No es poco para la edad que ten... ¿verdad?

GERARDO. *(Sin comprender.)*—Verdaderamente yo no sé...

PAQUITA.—No, si no me quejo. Hay que saber esperar.

GERARDO.—El nombre de usted es Paquita.

PAQUITA.—Paquita Oposum. Me llamo así desde hace dos ños.

GERARDO.—¿Nada más?

PAQUITA.—Con motivo del primer regalo de importancia ue me hicieron: un cuello de *oposum*... Pero sería muy lar- de explicar ahora.

GERARDO.—Sí; me parece que comprendo lo que usted dice. *Mira a la mesa, ve el retrato de Irene y le vuelve. Decidido, e pronto.)* Así, pues, el arquitecto, mejor dicho, el señor audier, ¿la invitó a usted a almorzar hoy?

PAQUITA.—Ya lo sabe usted.

GERARDO.—Y... *(Vacilando.)* ¿qué es lo que va usted a ha- er con el señor Laudier?

PAQUITA. *(Sorprendida.)*—¿Yo? ¿Qué?

GERARDO. *(Claramente.)*—Pregunto: ¿qué va usted a hacer on él?

PAQUITA.—Sí, sí; si lo he oído bien. Pero es que... *(Rien- o.)* Sabe usted que pregunta unas cosas... Vaya si es usted urioso.

GERARDO.—Es que deseo saberlo porque... *(Enérgicamen- e.)* soy, soy su socio capitalista y tengo el derecho de saber n qué gasta el dinero.

PAQUITA. *(Consternada.)*—¿Su socio? ¡Dios mío! Yo que reí que sería usted un ayudante o un empleado.

GERARDO.—No, señora.

PAQUITA.—Perdone usted, ¿eh? No he querido ofenderle, orque usted está muy bien; ya lo creo; pero muy bien.

GERARDO. *(Bajando la vista.)*—Tengo buenos músculos.

PAQUITA.—Capitalista... ¡Y a su edad! Vaya si es raro. *(Pausa.)* Y yo... qué..., ¿qué le parezco a usted?

GERARDO. *(Tímidamente.)*—Pienso de usted... lo mismo ue piensa mi padre.

PAQUITA. *(Sin comprender.)*—¿Su padre?

GERARDO. *(Corrigiéndose.)*—No... Verá usted... Es una rase inglesa... Quiero decir que me parece usted muy bien. *(Tímidamente, ruborizándose.)* Pero ocurre una cosa: yo no uiero que vaya usted con el arquitecto.

PAQUITA. *(Coqueteando.)*—¿De veras? Pero... ¿me dirá us- ed por qué?

GERARDO.—Porque yo..., yo... soy...

PAQUITA.—El capitalista, ya lo sé.

GERARDO.—Precisamente. Y no quiero que se entiendan us- edes.

PAQUITA. *(Después de una pausa.)*—La verdad es que tie- e usted una manera de hacer el amor a las mujeres...

GERARDO. *(Asustado.)*—¡Yo!

PAQUITA.—Ya comprenderá usted que no soy tonta. Le c prendo a usted muy bien. Usted lo que no quiere es que socio industrial pierda el tiempo en distracciones, ¿eh?

GERARDO.—Eso es, justamente.

PAQUITA.—Quiere usted ser el que se divierta, ¿no?

GERARDO.—¡Naturalmente!

PAQUITA.—Ya. Se comprende. *(Suspirando.)* Ahora que y Usted no me conoce, claro... Yo no soy una mujer interesa

GERARDO.—¿No?

PAQUITA.—Una cosa es que piense en mis necesidades, p que es legítimo, ¿verdad? Pero para mí el afecto es lo p mero. *(Pausa.)* Y tiene usted suerte, porque me ha habl usted de un modo... Luego... que es usted simpático, m simpático... *(Pausa.)* Tiene usted unos ojos muy bonitos.

GERARDO.—Gracias. Y una buena musculatura.

PAQUITA.—Pues estoy dispuesta a obedecer a usted. Pe se lo advierto, Luciano se enfadará con usted. Tomará e muy a mal.

GERARDO.—Ya le convenceremos.

PAQUITA.—Usted se encargará, ¿verdad? Es lo mejor. sí. Entonces qué, ¿nos vamos?

GERARDO.—¿Eh?

PAQUITA.—¡Claro! Ya ve usted que estoy dispuesta a o decerle. ¿Dónde vamos a almorzar los dos?

GERARDO.—¡Ah! Sí. Es verdad que hay que almorzar. *(D dando.)* No hay más remedio. Naturalmente. Tengo que l varla a almorzar.

PAQUITA.—La verdad es que si me hubieran dicho esto ha media hora... *(Acercándose coqueta.)* Es usted muy simpá co. De veras. Tan simpático como él.

GERARDO.—¡Oh, no! El es más simpático.

PAQUITA.—Pero usted parece más serio, muy serio... *(C giéndole la mano.)* ¿Qué? ¿Nos vamos?

GERARDO. *(Decidido.)*—Sí. *(Pausa.)* Pero juntos no. Sal usted ahora y espéreme en la esquina.

PAQUITA.—Vendrá usted en seguida.

GERARDO.—En seguida. No hay más remedio... Tengo que

PAQUITA.—Lo dicho. Es usted un hombre original. Pero lo mismo. *(Pausa.)* Decididamente, usted me gusta. *(De pro to.)* Cierre usted los ojos.

GERARDO.—¿Para qué?

PAQUITA. *(Le echa los brazos al cuello.)*—Abajo espe *(Vase corriendo.)*

GERARDO. *(Aturdido.)*—¡Oh! *(Pausa.)* ¡Oh! ¡Qué vergüe za! ¡Oh! *(Se limpia exageradamente los labios.)* ¡Oh! Es to..., esto es... *(Poco a poco lo va pensando mejor y sonri*

pero de repente ve el retrato de Irene y deja de sonreír.) ¡Esto es horrible! Sí, sí, horrible. Pero no hay más remedio. Tengo que hacerlo. Es mi deber. *(Bruscamente se dirige a la puerta y llama al Reverendo, que entra.)*

ESCENA XVIII

GERARDO, el REVERENDO; luego, IRENE.

REVERENDO.—¿Qué ha pasado?

GERARDO.—Venga usted, venga. ¿Conoce usted la historia de Santa María Egipcíaca? Era una santa mujer que ofrecía sus encantos a los marineros para poder atravesar un río.

REVERENDO. *(Alarmado.)*—¡Gerardo!

GERARDO.—Pues míreme usted. ¡Yo soy esa Egipcíaca!

REVERENDO.—¿Pero qué ha hecho usted?

GERARDO.—Lo que debía para reparar el mal: me llevo a esa señorita a almorzar conmigo a solas en un gabinete reservado.

REVERENDO.—Eso está muy bien. ¡Le felicito!

GERARDO.—Gracias.

REVERENDO.—Una pregunta... por lo menos: ¿vale la pena la muchacha?

GERARDO.—Eso es lo malo. ¡Que si vale la pena! *(Coge su bastón y su sombrero. Entra* IRENE.*)*

IRENE.—¿Cómo? ¿Se va usted?

GERARDO.—Sí. ¡No tengo más remedio!

IRENE.—¿Pero no almuerza usted en casa? ¿Ni Luciano tampoco?

GERARDO.—Sí, Irene, sí. Papá almorzará aquí. Dígale usted que yo ocuparé su puesto en el almuerzo que tenía hoy, y que yo arreglaré el negocio como si él estuviera presente.

IRENE.—Muchas gracias, Gerardo. No sabe usted cuánto se lo agradezco. Aunque no merece que usted se sacrifique por él.

GERARDO.—No. Si no lo hago por papá. Lo hago principalmente *(Ruborizándose.)* para que mi mamá política no tenga ningún disgusto. Adiós. *(Besa la mano de Irene y vase.)*

ESCENA XIX

IRENE, el REVERENDO; luego, LUCIANO.

IRENE. *(Pensativa.)*—¡Qué buen muchacho es! Y tan serio.

REVERENDO.—Y tan joven.

IRENE.—De todos modos, ¿qué opinión tendrá usted de esta casa, de nosotros todos?

REVERENDO.—No, señor; yo estoy tan acostumbrado a cosas raras...

LUCIANO.—¿Cómo? ¿Ha venido una visita para mí y no han avisado?

IRENE.—Creo que la ha recibido Gerardo.

REVERENDO.—¡Era el fumista!

LUCIANO.—¡Ah! ¿Y dónde está Gerardo?

IRENE.—Acaba de salir. No habrá llegado aún a la puer de la calle.

LUCIANO.—Bueno; pero esto es el colmo. *(Va al ventana se asoma.)* ¡Oh! Si no es posible... Pero, sí, sí.

IRENE.—¿Qué?

LUCIANO.—Gerardo..., Gerardo que se va con... *(Contenié dose.)* ¡El colmo! ¡El colmo!

IRENE. *(Inocentemente.)*—Me ha dicho que él te sustitui en ese almuerzo para que no te molestes tú. Ya sabes.

LUCIANO.—Sí, ¿eh?

IRENE.—Es muy bueno. Ya ves, quiere evitarte trabaj ¿Qué? ¿Estás contento?

LUCIANO. *(Rabioso. Como Irene se acerca, Luciano cier la ventana.)*—¡Ya lo creo! ¡Contentísimo! ¡Ah! ¡El niño! ¡ maldito niño!

REVERENDO.—Yo celebro mucho que este contratiempo n proporcione el placer de almorzar en su compañía.

LUCIANO. *(Quitándose furioso el gabán y tirándole.)*—¡ placer es mío! ¡Cómo no! ¡Vaya! ¡No lo sabe usted bie ¡Maldita sea la hora...!

JULIÁN. *(Entrando.)*—¡La señora está servida!

IRENE.—Pase usted, caballero. *(A Luciano.)* ¿Vienes, beb *(Vanse del brazo Irene y el Reverendo.)*

LUCIANO.—Sí, sí, en seguida. *(Acaba de quitarse los gua tes y tira al suelo las prendas que se quita.)* ¡Ah! No. Es sí que no. *(A Julián.)* ¿Te has enterado, Julián? Esa seño que vino a buscarme...

JULIÁN.—Sí, señor; preciosa por cierto... ¡Vaya!

LUCIANO. *(Furioso.)*—Preciosa, ¿eh? ¿Sabes lo que acab de hacer mi hijo, el señorito Gerardo? ¿No? Pues me la h quitado de las manos y se va tranquilamente con ella... N más ni menos... ¡Ahí van los dos juntitos! ¡Juntitos! ¡Y en mi barbas! ¿Eh? ¿Me quieres decir que es lo que opinas de esto

JULIÁN. *(Sonriente.)*—Opino que el señorito Gerardo... n cabe duda... es hijo de su padre...

LUCIANO.—Tienes razón. Me acaba de dar un disgusto go do, pero me alegra tanto ese disgusto que me están entrand unas ganas locas de reír. *(Vase riendo. Julián le sigue.)*

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración. Unos días después, por la tarde. Sobre un velador una taza de café, solitaria. Cuando se levanta el telón, no hay nadie en escena.

ESCENA PRIMERA

JULIÁN; la MECANÓGRAFA.

(Julián entra por el foro, muy contento, silbando una cancioncilla. Dirige la vista alrededor, coloca una silla en su sitio, dobla un periódico. Después, coge la bandeja, con la taza, para llevárselas. En este momento llaman a la puerta segunda izquierda.)

JULIÁN.—Adelante. *(Abrese la puerta y entra la* MECANÓGRAFA.)

MECANÓGRAFA. *(Disgustada.)*—¡Ah! Como había oído ruido... Creí que... Entonces... ¿todo está igual?

JULIÁN.—No sé nada.

MECANÓGRAFA.—¡Oh! Esto es de una incorrección... No sé... No sé... Me parece que el señor Morrison va demasiado lejos... Exagera... Exagera...

JULIÁN.—Quéjese usted... Usted sale ganando, porque... descansa...

MECANÓGRAFA.—Se equivoca usted... No descanso, porque le espero... ¡Oh! Estoy indignada... Indignada...

JULIÁN. *(Filósofo.)*—Para lo que la va a usted a servir...

MECANÓGRAFA.—¿Pero no ve usted...? Son las cuatro... Tenemos más de veinte cartas sin contestar...

JULIÁN.—¡Bah! ¡El chico se divierte...!

MECANÓGRAFA.—Verdaderamente... En esta casa nadie piensa más que en divertirse...

JULIÁN.—No lo dirá usted por la señorita... ¡Pobre mujer...! Aquí tiene usted su taza de café... ¿Ha visto nada más triste que una taza de café siempre sola...?

MECANÓGRAFA.—¿Tampoco ha almorzado aquí el señor hoy

JULIÁN. *(Riendo.)*—No... Pero el señor, por lo menos, si no almuerza viene a dormir a casa...

MECANÓGRAFA. *(Indignada.)*—¿Cómo? ¿Entonces, el señorito Gerardo no...?

JULIÁN.—Usted verá... Esta mañana, a las ocho, vino un botones a buscar un traje y ropa limpia...

MECANÓGRAFA.—¡Oh! Yo no sé cómo calificar esa conducta..

JULIÁN.—El mozo se divierte y hace bien... Está en la edad... ¿Eh? *(Escuchando.)* Espere usted... Es el ascensor.. Sí... Han abierto la puerta... Justo... El es... Aquí tiene usted ya a su jefe...

MECANÓGRAFA.—¡Al fin!

ESCENA II

Dichos y GERARDO.

(Entra GERARDO. *Viste con gran elegancia.)*

MECANÓGRAFA.—"¡Good afternoon...!"

GERARDO.—"¡Good afternoon!" *(Da el abrigo a Julián.)* Diga usted, Julián... ¿No le ha sorprendido a mi padre que faltara esta noche?

JULIÁN. *(Sonriendo.)*—¡Oh, no, señor! Ni siquiera...

GERARDO. *(Tímidamente.)*—¿Y... a la señora?

JULIÁN.—La señora no ha dicho nada...

GERARDO.—Es que me puse malo... ¿sabe usted, Julián? Estaba en casa de un amigo... Y me hicieron una taza de té...

JULIÁN.—¡Ya, ya! Efectivamente... No tiene usted buena cara...

GERARDO.—Ahora ya estoy mejor... *(Se dirige al "bureau". Julián vase, sonriendo.)*

MECANÓGRAFA. *(Secamente.)*—Aquí está el correo...

GERARDO. *(Después de una pausa.)*—Gracias... *(Coge las cartas. Se pasa la mano por la frente.)* No... No voy a poder trabajar... Me duele la cabeza...

MECANÓGRAFA. *(Escandalizada.)*—¡Oh! *(Se levanta.)* Usted

e avisará cuando tengo que venir... Es inútil que me esté
olestando en esperarle...

GERARDO. *(Tímidamente.)*—Sí... Tiene usted razón... *(Pau-*
.) Diga usted... ¿Me desprecia usted, verdad? ¿Siente usted
sprecio por mí?

MECANÓGRAFA.—Yo desprecio a todas las personas que no
ben resistir la tentación... cuando son ciudadanos de Norte-
iérica... "¡Good Bye!"

GERARDO.—Desde hace un mes ha cambiado usted mucho...

MECANÓGRAFA.—Es verdad... Pero ha de saber usted que
ce un mes me ha dejado mi novio plantada... *(Vase fu-*
osa.)

GERARDO. *(Llama.)*—Dígame, Julián... ¿Está en casa la se-
ra?

JULIÁN.—No. La señora salió después de almorzar...

GERARDO.—Bien... *(Suspira.)*

JULIÁN.—¿No se encuentra mejor?

GERARDO.—No... No estoy bien... Sobre todo tengo mucha
d...

JULIÁN.—¿Quiere un poco de limón?

GERARDO. *(Dirigiéndose al armario.)*—No... Si esta soda es-
viera fresca...

JULIÁN.—Lo está, lo está... Sí, señor... *(Sirviéndole.)*
Quiere usted un poco de "wisky"...?

GERARDO.—Sí... Unas gotas... *(Julián le sirve y espera.*
erardo le dice que siga echando "wisky". Basta... *(Bebe.)*
Ah!

JULIÁN.—Es mejor que la limonada... ¿eh?

GERARDO.—Sí... Parece que, al beber, está uno menos fati-
ado...

JULIÁN.—Aquí está la señora... *(Entra* IRENE.*)*

ESCENA III

IRENE, GERARDO; luego LUCIANO.

IRENE. *(Burlona.)*—Hola, Gerardo... ¿Se ha dormido bien?

GERARDO. *(Avergonzado.)*—¡Oh! Mamá...

IRENE.—Pero si yo no le voy a reñir... No faltaba más...

GERARDO.—¿Papá sigue bien?

IRENE.—Supongo... Ahí está... Hemos entrado juntos.

GERARDO.—¿Han salido ustedes juntos de paseo...?

IRENE.—No... Nos hemos encontrado en la escalera...

LUCIANO. *(Entrando.)*—Buenas tardes...

GERARDO.—Hola, papá...... *(Recoge sus papeles para mar-*
harse.)

LUCIANO.—¿Te vas?
GERARDO.—Perdóname, pero tengo mucha correspondenc atrasada...
LUCIANO. *(Fingiendo indignación.)*—¿Retrasada? ¿No te vergüenza? ¡Pues eso no es serio...! *(De pronto se echa reír.)* ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Anda, hombre, anda a despachar tu c rreo... ¡Eres un buen muchacho! *(Gerardo suspira y vase*

ESCENA IV

IRENE y LUCIANO; luego GERARDO.

LUCIANO. *(Encendiendo un cigarillo.)*—¿Te has fijado? H tiene mejor cara Gerardo... Le ha sentado bien pasar la noc fuera de casa...
IRENE. *(Fingiéndose distraída.)*—Son cosas de la edad, de pués de todo...
LUCIANO.—Sí, sí, pero va un poco de prisa... Ha tardad pero empieza bien... *(Pausa.)* Y yo prefiero verle así...
IRENE.—Yo, no... Antes él era el que nos daba ejemplo...
LUCIANO. *(Sonriendo.)*—¿Eso va contra mí...? ¿Vas a co tinuar?
IRENE. *(Riendo también.)*—Continuaré hasta que me cans
LUCIANO.—¿Y cuando te canses?
IRENE. *(Riendo.)*—Es que habrá llegado el fin...
LUCIANO. *(Tratando de reír también.)*—¿El fin? ¿Qué fin
IRENE. *(Riendo.)*—Ya lo puedes suponer... El nuestro... E de nuestro cariño...
LUCIANO.—Hay momentos en que no sé si hablas en serio te ríes...
IRENE.—Pues mírate tú al espejo y lo averiguarás...
LUCIANO. *(Inquieto.)*—¿Tienes algo que reprocharme?
IRENE.—¿Eres irreprochable?
LUCIANO.—Desde luego.
IRENE.—Entonces... ya lo ves... No tienes nada que temer..
LUCIANO. *(Un poco molesto.)*—Sí... Ya comprendo... Per debes hacerte cargo... Estos días me veo precisado a salir co frecuencia...
IRENE.—No me dices nada nuevo...
LUCIANO.—Además, necesitaba que Gerardo se enterase d que me hacía la vida imposible... ¡Ah! Esto sí... *(Riendo.)* Lo necesitaba... Hubiera concluído por ser yo el que no vinie ra a casa... ¡Palabra!
IRENE.—Ya haces lo que quieres...
LUCIANO.—Y, sin embargo, trabajo... Puedes creerlo...

IRENE.—No... Si me hago cargo... Nuestra vida no iba a siempre como los tres primeros meses...
LUCIANO.—Pues mira... ¡es lástima!
IRENE.—Para eso hubiera sido preciso que nada viniera a ordarte tu antigua vida...
LUCIANO.—¿Mi antigua vida...? Ni la recuerdo... Te lo juro.
IRENE.—¿Por qué juras siempre? Si no hace falta... Yo te o...
LUCIANO.—Entonces... ven a abrazarme...
IRENE.—Por qué no. *(Le abraza. Una pausa.)* ¡Ah! Una iora te ha llamado por teléfono.
LUCIANO.—¿A mí? ¿Quién era?
IRENE.—La señorita Marcela Colmar.
LUCIANO.—¡No es posible!
IRENE.—¡Vaya! Y me ha parecido que estaba furiosa...
LUCIANO.—¡Sí! ¿eh? *(Pausa.)* Y tú... ¿no sabes quién es esa iorita?
IRENE.—No he tratado de averiguarlo...
LUCIANO. *(Poniéndose un dedo sobre la boca.)*—¡Guárdame secreto! Es... una amiguita de Gerardo.
IRENE. *(Contentísima.)*—¿De veras?
LUCIANO.—Puedes estar segura... ¡Oh! Gerardo... Lleva una lita... Te digo que es el verdadero Pachá Bum-Bum! *(Entra* RARDO.)
LUCIANO. *(Burlón.)*—¿Qué? ¿No tienes sueño? ¿Por qué no ias una siestecita?
GERARDO. *(Avergonzado.)*—¡Papá... por Dios!
IRENE. *(Sonriendo.)*—Pero déjale en paz, hombre...
LUCIANO. *(Alegremente.)*—¿Te parece que le dejo poco? Di-e, ¿qué hora es?
GERARDO.—Las cuatro...
LUCIANO.—Pues hasta luego... *(Se dirige a la puerta.)* ¡Ah! re, Gerardo... Es preciso que me cuentes cosas... ¿eh? Los timos monumentos que has visitado... *(Vase riendo.)*

ESCENA V

IRENE, GERARDO; luego MARCELA.

IRENE.—No le haga usted caso... Es una broma...
GERARDO.—Ya lo sé, ya...
IRENE.—¿Pero qué le pasa a usted? Parece que no le anima usted mucho la vida alegre... Estaba usted más contento ce un mes...
GERARDO.—Crea usted que papá exagera... Yo he querido r lo que era la vida de noche... Es una cosa muy curiosa...

IRENE.—Lo creo... Luciano no ha querido llevarme nu a un "cabaret"... Usted debía llevarme una noche...

GERARDO. *(Asustado.)*—¡Oh! ¡No!

IRENE.—Me gustaría tanto...

GERARDO.—No lo crea usted...

IRENE.—¿De veras?

GERARDO.—Yo no he ido por gusto... Se lo aseguro...

IRENE.—Lo que le sucede a usted es que en casa no está gusto...

GERARDO.—No, no, no es eso...

IRENE.—Y luego, que... ella será bonita, ¿eh?

GERARDO.—¡Por Dios, Irene...!

IRENE.—Hombre, yo creo que puede usted hablar con fra queza a una mamá política...

GERARDO.—Pues... sí... Es verdad... La muchacha no e mal...

JULIÁN. *(Entrando.)*—¿No está el señor?

IRENE.—¿Qué quería?

JULIÁN.—Una señora que tiene absoluta necesidad de ver señor... Dice que es urgente...

IRENE.—¿Tan urgente...? *(Entra* MARCELA, *furiosa, pe se contiene. Saluda secamente.)*

GERARDO. *(Aterrado. Aparte.)*—(Está aquí.) *(A Iren* ¡Ah! Ya sé. Esta debe ser la señora que quiere construir hotel... *(A Marcela.)* ¿Quería usted ver al arquitecto, señor

MARCELA.—Sí, señor... Quiero ver al arquitecto... Neces hablar con él...

GERARDO. *(A Julián.)*—Avise usted al señor... *(Vase J lián.)* Déjenos usted, Irene... Yo la enseñaré los planos pa que se calme... Cree que no están hechos y... sí lo está Viene por eso seguramente.

IRENE. *(Bajo.)*—¡Es muy simpática!

GERARDO.—Sí... ¿verdad? *(Aparte.)* (¡Dios mío! ¡Y yo q no sé mentir!)

IRENE. *(Bromeando.)*—Que sea usted formal, ¿eh? ¡Cuid dito! Si no es usted formal, yo se lo diré a la señorita Marc la cuando llame aquí por teléfono...

GERARDO.—¿La señorita Marcela...? *(Sorprendido.)* ¡A Sí... Sí... *(Aparte.)* (¿Quién será la señorita Marcela...?

IRENE. *(Siempre bromeando.)*—Esta será otra... ¡Las tie usted por parejas, Gerardo! Vaya... Buen provechito... ¡D Juan!

GERARDO. *(Asustado.)*—¡Eso! También va usted a juzga me mal...

IRENE.—Ande, y atienda como es debido a esa señora. *(Vase Irene.)*

ESCENA VI

MARCELA, GERARDO; luego LUCIANO.

RARDO.—Mientras llega el señor arquitecto... ¿puedo ser ed útil, señora?

RCELA.—Muchas gracias... Quiero ver a Lautier. Y su- o que no me dirán que ha salido... porque me es igual; enso moverme de aquí... hasta que le vea. Diga usted... almorzado hoy en casa?

RARDO.—Señora... yo...

RCELA.—Porque yo lo soporto todo menos que se burlen í... ¡Ah! Eso sí que no...

RARDO.—No comprendo...

RCELA.—El me conoce bien, y sabe que soy muy suscep- ..

RARDO. *(Miedoso.)*—No hable usted tan alto, señora... Se ego... Voy a buscarle... Su nombre... ¿me hace usted el ...?

RCELA.—Dígale usted que está aquí Marcela...

RARDO.—¿Eh? ¡Ah! Sí... Sí...

RCELA.—La señorita Marcela Colmar... Y dígale usted ién... *(Viendo entrar a* LUCIANO.*)* ¡Ah! El...

CIANO. *(Contrariado.)*—¿Cómo? *(Queriendo disimular.)* ra... ¿usted aquí? Viene usted a ver los planos, ¿verdad? qué se ha molestado...! Yo hubiera ido a su casa... *(A rdo.)* Déjame solo con ella.

RARDO. *(Azorado.)*—Sí... sí... Señora... *(Vase.)*

ESCENA VII

MARCELA y LUCIANO.

CIANO. *(Furioso.)*—¿Pero se puede saber qué quiere de- sto? ¿Estás loca? ¡Venir aquí... a mi casa!

ARCELA. *(Gritando.)*—Eso es... Llámame loca... ¡Insúlta- demás!

JCIANO.—No grites... ¡Maldita sea el demonio...! *(Va a urarse de que la puerta está bien cerrada.)*

ARCELA.—Nada menos que hasta las tres... ¿lo oyes? Hasta res me has tenido esperándote en el restaurant...

JCIANO.—Ya te dije que no estaba seguro de poder ir...

ARCELA.—Dijiste que irías...

JCIANO.—Pero escucha, mujer...

ARCELA. *(Furiosa.)*—¡Déjame en paz! ¡Eres un sinver- iza! Porque, vamos a ver... ¿No me telefoneaste tú mis-

mo hace ocho días? ¿Por qué me buscaste? Yo no te pedido nada.

LUCIANO.—Pero lo aceptaste.

MARCELA.—¡Eres un grosero!... ¡Pobre de mí! Yo recibí con los brazos abiertos.

LUCIANO.—La noche que fuí a verte iba con el pro de hacerte una visita de cortesía...

MARCELA.—¡Hay que ver las horas que eliges para a tus amistades!

LUCIANO.—Es que me levanto tarde.

MARCELA.—¿Por qué has desaparecido de la noche a l ñana? ¿Por qué, di? ¿Por qué?

LUCIANO.—¡Pero no grites, por Dios!

MARCELA.—¡Me da la gana gritar! ¡Eso! ¡Y grito! ¡Y

LUCIANO. *(Exasperado.)*—Cállate, o te juro que... *mándose de pronto.)* Ven aquí, mujer... Piensa que est mi casa; que puede oírte mi mujer.

MARCELA.—¿Tu mujer? Sí, sí... Ya puedes fiarte mujer...

LUCIANO.—¿Qué dices?

MARCELA.—Que tengas cuidado... Que tu mujer y tu tario... ¿Te enteras?

LUCIANO.—¿Qué secretario?

MARCELA.—Ese joven que vive aquí... o que está a todas horas. Acabo de sorprenderlos a los dos.

LUCIANO. *(Riendo.)*—¿Quién? El joven que... Tiene g

MARCELA.—¡Ah! ¿Sí? Bueno, bueno... Si recibes de ese la noticia, allá tú.

LUCIANO.—No es eso. Es que tú no sabes... Se conoce dos desde niños. Son como hermanos.

MARCELA. *(Incrédula.)*—¡Ya, ya! Como que las mujer sabemos ver...

LUCIANO. *(Estallando.)*—¡Vete de aquí inmediatament

MARCELA.—¿Eh?

LUCIANO.—Que te vayas de aquí en seguida. Que no q verte más... ¡Y es éste el placer que dan las conqu amorosas! Gracias. Prefiero el matrimonio.

MARCELA.—¡Grosero!

LUCIANO.—Lo que quieras.

MARCELA.—¡Imbécil!

LUCIANO.—Sí; eso, sí... ¡Imbécil, sí! *(Abriendo la pue* ¡Largo!

MARCELA.—¡Te engañarán! Si no es ése, será otro.

LUCIANO.—Gracias por la profecía.

MARCELA.—No presumas, que ya no estás en los ve años. ¡Ja, ja, ja! *(Vase.)*

CIANO.—¡Uff! *(Cerrando la puerta.)* ¡Gracias a Dios! *sa.)* ¿Será idiota? Mira que sospechar que Irene y rdo... *(Se oye dentro el ruido de una puerta que se cie- de golpe. Luciano se ríe pensando en lo que Marcela le icho. De pronto se queda serio. Poco a poco, su semblante eflejando la inquietud. Con un gesto quiere alejar aque- ideas y se encoge de hombros. Se dirige a la puerta, y al r se detiene, pensativo. Por fin, decidido, abre la puerta egunta.)* ¿Qué? ¿Estáis ahí?... *(Se oye reír a Irene y rardo.)*

ESCENA VIII

IRENE, LUCIANO y GERARDO.

RENE y GERARDO *entran en escena riendo.)*

JCIANO.—¿Qué es lo que os hace reír de ese modo?

ERARDO.—Es Irene, que se burla de mí.

ENE.—Tiene buena pasta. Sabe aguantar las bromas, por das que sean. *(A Luciano.)* Me he entretenido en confe- a tu hijo... Va a salir muy aprovechadito.

JCIANO. *(Malhumorado.)*—No me parece bien esa con- ación.

RENE. *(Riendo.)*—¡Ay! ¡Mira quién habla! Su *señor pa-* .. *(Luciano se encoge de hombros, se sienta y enciende cigarro.)*

RENE. *(Se acerca a Gerardo, que se ha sentado en el ó.)*—¿Qué va usted a hacer?

ERARDO.—Voy a ver si arreglo estos papeles.

RENE.—¿Quiere usted que le ayude?

ERARDO.—No; muchas gracias.

RENE. *(Mirándose un brazo.)*—¡Oh! ¡Qué atrocidad! Mire ed, Gerardo... Mira, Luciano... *(Se aproxima a Luciano.)*

LUCIANO.—¿Un cardenal? ¿Cómo te has hecho eso?

RENE.—Ha sido Gerardo... Me ha querido enseñar un pe de boxeo y ¡zas! Gerardo tiene la mano muy dura. Un o formidable.

LUCIANO.—Pues que se lo guarde para un bastón.

GERARDO.—La culpa fué de usted, por poner el brazo. *(A ciano.)* Quería enseñarle el golpe de Paulino.

LUCIANO.—Son chiquilladas... Acabaréis por haceros daño.

GERARDO.—Verá usted... Póngase usted en guardia, Irene.

LUCIANO.—Déjala, hombre, déjala. Puede que creas que la interesa...

IRENE.—¡Vaya! A mí me gustan mucho los deportes.

LUCIANO.—¡Ah!

IRENE.—Gerardo me ha comunicado su entusiasmo. que conoce el deporte.

LUCIANO.—Sí... Conoce el deporte y otras cosas.

GERARDO.—¡Papá!

LUCIANO.—No, no... Si no te lo afeo. Haces bien en tirte.

IRENE.—Ya lo creo. Buen tonto sería. *(Coge su labo sienta. Silencio.)*

LUCIANO. *(Abriendo el periódico.)*—Hay que aprovec tiempo cuando se es joven.

IRENE.—¿Por quién dices tú eso?

LUCIANO.—¿Yo? Por todo el mundo... y por mí tamb

IRENE.—La verdad es que esta noche estamos hacien cuadro de familia a la antigua. El señor, fuma... La s cose... Y el niño, estudia sus problemas... *(Ríen.)* M ganas de llamarte *papá*. *(A Luciano.)*

LUCIANO. *(Levantándose y tirando el periódico, mal rado.)*—Tienes razón. Es demasiado pronto para encer en casa.

IRENE. *(Alegremente.)*—¿Verdad que sí? Anda, vá los tres. Nos llevas al restaurant; luego, a un *music-h* después, a un *cabaret*... Nadie pensará que Gerardo hijo... Creerán que es un amigo.

LUCIANO.—No faltará quien piense que es tu marido.

IRENE. *(Con naturalidad.)*—¿Mi marido? Anda, pu verdad... No se me había ocurrido. Tiene gracia. ¿Q parece a usted, Gerardo?

GERARDO.—Perdón... No he oído nada. Estaba leyendo carta.

LUCIANO.—¡Bah! No has perdido nada. *(Preocupado.)* Gerardo, ¿cenas en casa esta noche?

GERARDO. *(Indeciso.)*—¿Yo? Estoy invitado a cenar fu Pero... si tú quieres... me quedaré.

LUCIANO. *(Nervioso.)*—No, no... Eso, no. Ve. Haces en irte... Tienes razón.

IRENE.—Me hubiera gustado que saliéramos los tres.

LUCIANO.—Esta noche no puede ser. Yo también tengo cenar fuera.

IRENE.—¡Ah! ¿De modo que... me dejáis... los dos?

LUCIANO.—Creí que Gerardo se quedaría a hacerte c pañía...

IRENE.—Tú, van ya dos días seguidos que cenas fuer

LUCIANO. *(Nervioso.)*—Bien, bien... No hablemos más. saldré.

IRENE. *(Cariñosa.)*—Sí, sí... Sal. No me hagas caso. *(S riendo.)* Prefiero que salgas.

LUCIANO—Eres muy amable.

IRENE.—Lo digo como lo siento... Si te quedas, estarás de al humor. Más vale que salgas.

LUCIANO. *(Se acerca a Gerardo y le pone una mano en el mbro.)*—Te repito que tienes razón, Gerardo. Anda, sal... Diviértete! No seré yo quien te prive... Aprovecha el tiem- bien. Y, sobre todo, ¡no te cases nunca!

IRENE. *(Apenada.)*—¡Oh! Luciano... *(Pausa. Sonríe.)* ¿Qué lo que te sucede esta noche?

LUCIANO.—Nada. Yo no tengo derecho a salir. No hable- os más de esto. Pero quiero que le sirva de lección a Ge- ardo. El sabrá aprovecharla.

GERARDO.—Yo te juro que...

IRENE.—Gerardo tiene un carácter diferente al tuyo.

LUCIANO.—¿Diferente, eh? ¡Estás enterada! Es mi mismo etrato. Lo que pasa es que ahora es cuando empieza a tener l parecido. Necesitaba vivir un poco de tiempo a mi lado. ahí le tienes... Mírale... Ya sabe lo caro que cuesta la ibertad. Y, sin embargo, la libertad es la vida. Ya se acues- a tarde... Hace bien... Que siga haciéndolo mientras el es- ómago se lo permita... ¡Bah! Después de todo, lo que yo le iga es igual. El hará lo que quiera y... *(Entre dientes.)* Qué vidita! ¡Qué vidita tan divertida! *(Vase violentamente.)*

ESCENA IX

IRENE y GERARDO.

GERARDO. *(Inquieto.)*—Papá está nervioso, ¿verdad? Muy nervioso...

IRENE. *(Sonriente.)*—Sí. Desde hace algún tiempo, ha cambiado. Pero se le pasará. Yo estoy tranquila; le conozco bien. Habla mucho y luego... nada.

GERARDO. *(Intranquilo.)*—Pero ¿por qué? Vamos a ver, ¿por qué? ¡Decir esas cosas de mí!... ¿Por qué me ha de tomar siempre como ejemplo?

IRENE.—Diga usted que le toma más bien como disculpa.

GERARDO. *(Sorprendido, la mira.)*—¡No!

IRENE. *(Nerviosa.)*—¡Qué quiere usted, Gerardo! Ahora ya no ve en usted el freno que antes tenía. Antes, en presencia de usted, se avergonzaba un poco. Ahora, como usted ha cambiado de vida, ¿comprende usted?

GERARDO.—¿De modo que esto también es por culpa mía?

IRENE. *(Sonriendo.)*—No digo eso... Pero ya lo ve usted. Luciano ha cambiado mucho en unas cuantas semanas. Va-

mos... desde que usted llegó. Al principio, la seriedad de ted, la formalidad..., claro, le intimidaron un poco. Lue como usted también cambió de costumbres, de...

GERARDO.—Sí, sí. Dígalo usted, dígalo. Como yo tamb me hice juerguista...

IRENE.—Pues... ahí tiene usted las consecuencias.

GERARDO.—¡Ay, ay, ay ay! Pero esto es demasiado... no puedo consentirlo. ¡No, no! Esto es demasiada respon bilidad para mí.

IRENE. *(Sorprendida.)*—¿Eh?

GERARDO. *(Exaltándose.)*—Ya estoy cansado de que desprecien... Ya estoy harto de que se me tenga por juerguista, ¡ea!

IRENE.—¿Pero qué dice usted?

GERARDO.—Primero, Julián con sus sonrisitas... Luego, secretaria con sus censuras... Después, el Reverendo con s sermones. Y todo esto lo he resistido... Sí, señora, y no importaba que me tuvieran en mal concepto. ¡Pero usted, n ¡Eso sí que no! ¡No, no! ¡Usted, no!

IRENE. *(Sonriendo.)*—¿Como que yo no? Pero si a mi r parece...

GERARDO.—A usted debe parecerla vergonzosa mi condu ta, porque eso es vergonzoso. Ahora, que ha de saber ust que no es verdad. ¿Lo oye usted? ¡No es verdad! Yo no te go relaciones con ninguna mujer. No, no. Yo no me divier por las noches Yo no hago más que sacrificarme y beb *champagne*, para que me duela luego el estómago. Y al d siguiente me duele el estómago y la cabeza, y tengo la ca pálida y estoy siempre sediento.

IRENE.—Pero...

GERARDO.—Y pensar que usted... Usted, a quien yo tan respeto, cree que ando por ahí de juerga con unas y co otras... ¡Ah, no! Eso sí que no. No lo consiento y renunci a continuar representando esta comedia.

IRENE. *(Naturalmente.)*—¡Ah! ¿La comedia?...

GERARDO. *(Ingenuo.)*—Usted me cree, ¿verdad?

IRENE. *(Dominándose.)*—¿Yo? Sí. Me parece que he com prendido bien lo que usted quiere decirme... Espere usted Ha sido esto tan brusco... tan inesperado... Pero sí, sí... y lo veo claro. Aquella señorita que usted se llevó a almorzar.. Y luego, la otra... Sí, sí... Eso es. Ninguna de las dos ve nía por usted, ¿verdad?

GERARDO. *(Que comprende que ha hablado demasiado.)*— Yo... no... Verá usted, Irene... Es que...

IRENE.—¡Bah! *(Hace un esfuerzo para dominarse y sonríe.)* Pero entonces, ¿por qué decírmelo ahora? *(Pausa.)* ¡Pobre

ardo! Se ha estado sacrificando... Fingiendo que se di-tía... Haciéndonos creer que se había hecho hombre de ndo...

ERARDO.—Yo... Yo...

RENE. *(Siempre sonriente.)*—¡Pero si no valía la pena!

ERARDO. *(Estupefacto.)*—¿Que no...?

RENE.—Se ha alarmado usted sin razón. ¿Usted ha creído podía correr peligro nuestra paz conyugal?

ERARDO.—Sí. Claro está.

RENE.—No, Gerardo, no. Pero de todos modos, ha estado n, muy bien, eso que ha hecho usted. Yo se lo agradezco toda mi alma. Hasta luego. Voy a vestirme un poco, para cena.

ERARDO.—Si es muy temprano...

RENE.—No, no. Son ya las seis. *(Vuelve Gerardo a la sa muy preocupado. Irene coge la labor y un libro. Cuando nprende que Gerardo no la ve, se limpia los ojos rápida-nte. Dominándose en seguida, pasa junto a Gerardo.)* ¡Ea! e trabaje usted mucho. *(Pausa.)* ¡Bah! Este Gerardo es chiquillo como su padre. *(Vase.)*

ERARDO.—¡Ay! Me parece que he cometido una mala ión.

ESCENA X

GERARDO, JULIÁN; luego, LUCIANO.

ULIÁN.—¿No está aquí el señor? *(Entra* LUCIANO. *)*

LUCIANO.—¡Ah! Julián. Prepárame el frac y una camisa ra.

ULIÁN.—Sí, señor *(En voz baja.)* Una señora le espera el vestíbulo.

LUCIANO.—¿Eh? ¿La de antes?... ¡Echala!

ULIÁN.—No, señor, no. Es la del otro día. La que se fué n el señorito Gerardo.

LUCIANO.—¿Aquélla?

JULIÁN.—La misma. Pero ahora viene preguntando por el ñor.

LUCIANO.—¿Por mí? *(Pausa.)* Muy bien... Sal; yo tocaré timbre. *(Vase Julián. Frotándose las manos satisfecho, ciano contempla a Gerardo.)* ¿Quieres dejarme solo un omento, Gerardo?

GERARDO.—Sí; ahora mismo. *(Coge unos papeles.)*

LUCIANO.—Perdóname, pero son cinco minutos nada más.

GERARDO.—Todo el tiempo que quieras... *(Vase. Luciano pera que salga Gerardo y en seguida toca el timbre. Entra* QUITA.*)*

ESCENA XI

PAQUITA y LUCIANO.

LUCIANO.—¿Usted? ¿Pero es posible? ¿Usted aquí?

PAQUITA. *(Ceremoniosa.)*—Buenas tardes, caballero. *ciano la besa la mano y la retiene entre las suyas.)*

LUCIANO.—Supongo que será una equivocación del cria No es a mí a quien viene usted a ver, ¿verdad?

PAQUITA.—Sí, señor, sí. A usted.

LUCIANO.—¡Ah! ¡Ah! *(Pausa.)* Yo creí que después d ocurrido aquí el otro día...

PAQUITA.—La culpa fué de usted... No estaba usted aq

LUCIANO.—Eso sí es verdad. No estaba yo aquí y se con otro...

PAQUITA.—Además, debe usted agradecérmelo... Porqu socio es un hombre encantador; pero tratando de nego debe ser insoportable.

LUCIANO.—¿Mi socio?

PAQUITA.—¡Claro! Gerardo. ¿No es socio de usted?

LUCIANO.—¡Ah! Sí, sí. Claro... Es verdad... Es insopo ble... Con usted, supongo que procurará ser más agrad

PAQUITA. *(Indiferente.)*—¡Pchs! Es simpático.

LUCIANO.—Decididamente, es un mozo afortunado. En voy a llamarle.

PAQUITA.—No, no. Si es a usted a quien vengo a ver.

LUCIANO.—No comprendo.

PAQUITA.—Verá usted. *(Pausa.)* Gerardo quiere insta me en un hotelito.

LUCIANO. *(Estupefacto.)*—¿Eh?

PAQUITA.—Yo he visto ya uno que me gusta... Pero que transformarle mucho. A mí, todas esas historias Luis XV y Luis XVI me aburren. Yo no entiendo de est Me gusta lo moderno de hoy, y si puede ser, lo de pas mañana...

LUCIANO.—¿Que Gerardo quiere alquilar un hotel?

PAQUITA.—Este le costará veinticinco mil francos de quiler. Para empezar, no está mal... Ya tendré más adel otro mejor.

LUCIANO. *(Mirando a la puerta por donde salió Gerardo.* ¡Miren ustedes la mosquita muerta!

PAQUITA.—Naturalmente, para los arreglos y las obras pensado en usted. No conozco a ningún otro arquitecto.

LUCIANO. *(Bromeando.)*—Muy agradecido... Así, pues, trata de un trabajo.

PAQUITA. *(Quitándose los guantes.)*—Si usted lo acept

LUCIANO. *(Señalando a una sortija.)*—Esa perla... ¿se la ha regalado él también?
PAQUITA. *(Indiferente.)*—Sí.
LUCIANO. *(Cada vez más contento.)*—¡Hola! ¡Hola! *(Pausa.)* Crea usted que me alegro mucho.
PAQUITA. *(Irónica.)*—Ya lo veo, ya...
LUCIANO.—¿La sorprende a usted? ¡Bah! No se moleste usted en querer adivinar nada. En el fondo, a mí me sería muy difícil tener celos de Gerardo... Yo le quiero mucho...
PAQUITA.—Es verdad. El también le quiere a usted muchísimo.
LUCIANO. *(Contento.)*—Y me explico perfectamente que usted le haya preferido.
PAQUITA. *(Molesta.)*—¡Ya, ya! Se consoló usted pronto. Porque una, ¡claro! Hay argumentos sonantes que convencen.
LUCIANO.—¿No influyeron en usted más que esos argumentos? El es joven, simpático...
PAQUITA. *(Indiferente.)*—No digo lo contrario. Pero cuando yo vine aquí aquel día para que fuésemos a almorzar no tenía más idea que ésa: almorzar con usted.
LUCIANO.—Es usted muy amable.
PAQUITA.—Y porque me parece que hice mal entonces es por lo que he vuelto ahora.
LUCIANO.—A encargarme las obras del hotel.
PAQUITA.—No. Es decir, sí. Bueno, mira. Yo no puedo disimular. ¿Es que no quieres que almorcemos juntos un día?
LUCIANO. *(Como aparte.)*—¡Ah! *(Pausa. La mira y sonríe.)* ¿De veras? ¿Quieres que almorcemos? Así, pues, la diferencia de edad...
PAQUITA.—¿La edad de quién?
LUCIANO.—La de mi socio. Gerardo es un chico joven, simpático, buen mozo, ¡y quieres engañarle!
PAQUITA.—El no te pidió permiso para hacerme el amor. Digo, me parece.
LUCIANO.—En su puesto yo hubiera hecho lo mismo que él.
PAQUITA. *(Levantándose.)*—Entonces, ¿qué? ¿Quedamos de acuerdo? Ven mañana a buscarme. ¿Vendrás?
LUCIANO. *(Sonriendo.)*—No.
PAQUITA.—¿Que no? *(Luciano niega con la cabeza.)* ¿Por qué?
LUCIANO.—Porque no quiero que Gerardo, mi socio, sufra un desengaño.
PAQUITA. *(Herida.)*—¡Ay, hijo! ¡Qué delicado!
LUCIANO.—¡Qué quieres! Gerardo es para mí como un hermano. No quiero que sufra. Y puesto que está enamorado...
PAQUITA.—¿Enamorado?

LUCIANO.—¡Ya lo ves! Las pruebas son evidentes.
PAQUITA.—¡Vamos! No me hagas reír. ¡Enamorado!
LUCIANO.—¿Eh?
PAQUITA.—No, hijo, no. Si eso fuese verdad no estaría aquí.
LUCIANO.—¿Que no está enamorado de ti?
PAQUITA.—¿Por qué? ¿Por esto? *(Señalando la sortij* ¿Por el hotel? Sí, sí. ¡Bastante le importo yo a Gerardo!
LUCIANO. *(Inquieto.)*—¿Que no le importas?
PAQUITA.—Tú puedes juzgar: viene a buscarme; me lle a cenar, no despega los labios... Después me tiene pasear por los "cabarets" hasta el amanecer; me acompaña ha mi casa, me deja en la pueta y se va a dormir a un ho donde tiene alquilada una habitación.
LUCIANO. *(Preocupado.)*—¡Hola!
PAQUITA.—Tú me dirás si el que hace eso es un homb enamorado.
LUCIANO. *(Siempre preocupado.)*—¡No! Es verdad. La co es para preocuparse.
PAQUITA.—¿Preocuparse? ¿Por qué?
LUCIANO.—No sé. Pero la conducta de Gerardo es rara.
PAQUITA.—Cualquiera diría que está enamorado, sí, pe de otra.
LUCIANO.—¿De otra?
PAQUITA.—Es lo que yo he sospechado. Y como una tie su amor propio, pues por eso he venido a verte. ¿Pero q te sucede? ¿No me escuchas?
LUCIANO. *(Preocupado.)*—¡No!
PAQUITA.—¿Eh?
LUCIANO.—Un momento. *(Va a la puerta y llama.)* ¡Gera do! *(Entra* GERARDO.*)* Mira. Aquí tienes una visita. *(Paqu ta le mira sorprendida.)*
GERARDO.—¿Para mí?
LUCIANO.—¡Señorita! *(Salúdala y vase.)*

ESCENA XV

PAQUITA y GERARDO.

PAQUITA.—¿Se puede saber qué le pasa? Me parece que n está en su sano juicio.
GERARDO.—Es un poco caprichoso. Y como está en su casa. ¿Por qué ha venido usted aquí?
PAQUITA.—Porque tenía que verte.
GERARDO.—¿No habíamos quedado en que cenaríamos jun tos?
PAQUITA.—Me corría prisa hablarte.

GERARDO.—Pues diga lo que sea. Siéntese usted.

PAQUITA.—Perdona; pero aunque esté en tu despacho yo no vengo a hablarte de negocios.

GERARDO.—Hable usted.

PAQUITA.—Anoche me tuteabas.

GERARDO.—Anoche había bebido un poco más que de costumbre.

PAQUITA.—Bueno; pues acabemos de una vez. Yo no puedo seguir así. O yo no te gusto, o tú quieres a otra mujer. Elige.

GERARDO.—Eso no es verdad. Yo no quiero a nadie.

PAQUITA.—¿Entonces por qué me dejas a la puerta de mi casa y te vas?

GERARDO. *(Asustado.)*—¡Oh!

PAQUITA.—¡No te asustes, hombre! Yo digo las cosas como las pienso. ¿Es que te parezco tan fea?

GERARDO.—¿Fea? ¡Oh, no! Eso no.

PAQUITA.—Me tratas como una cosa despreciable.

GERARDO.—¿Yo?

PAQUITA.—Tú. Puede que creas que a mí me gusta pasar las noches en los "dancings" y los "cabarets", bebiendo y aburriéndome. Si me hubieras propuesto quince días de luna de miel en el campo te lo hubiera agradecido más.

GERARDO.—¿De veras?

PAQUITA.—Pero me tratas con una frialdad, con un despego, que me humillas. Y ya estoy harta y no lo aguanto más, ¡ea!

GERARDO.—¿Que yo la humillo?

PAQUITA.—Sí. Y eso me da mucha pena. Dime la verdad: ¿no estás enamorado de otra mujer?

GERARDO.—No. De ninguna.

PAQUITA.—Si tú supieras... Es tan bueno estar enamorados y quererse. Tú ves qué divertido es esto... Te estoy haciendo el amor.

GERARDO.—Sí; pero aquí no estamos bien. Podrían oírnos y...

PAQUITA.—Lo sé. Me voy; pero... *(Muy humilde y cariñosa.)* ¿cenaremos juntos esta noche?

GERARDO.—Ya telefonearé yo luego.

PAQUITA.—Entonces me vuelvo a casa. Dentro de diez minutos estoy allí. Me llamarás, ¿verdad? ¡Malo! Eres muy malo. *(En la puerta.)*

GERARDO.—Yo la pido perdón.

PAQUITA.—Te daré el perdón en casa. Ven a buscarle. ¿Vendrás? Sí, sí. Hasta luego. *(Vase.)*

GERARDO.—Verdaderamente es muy simpática. *(Queda sumido en sus pensamientos.)*

ESCENA XII

LUCIANO y GERARDO; luego, IRENE.

LUCIANO. *(Durante toda la escena estará muy nervioso.)* ¿Se fué ya esa señorita?

GERARDO.—Sí, papá.

LUCIANO.—Me alegro. Y procura no traer estas visitas mi casa, ¿oyes? Aquí no es costumbre.

GERARDO.—Perdóname.

LUCIANO.—Ya lo sabes. ¡Vaya, hombre!

IRENE. *(Entrando.)*—¿Qué tienes?

LUCIANO.—Figúrate que me he encontrado aquí a este c ballerito con una amiga suya. Y como me ha parecido m mal se lo he dicho para que no se repita.

IRENE.—¿Tú sabes que esa señorita venía por él?

LUCIANO.—¿Eh? ¿Que si venía por él? Pues si no ven por él, ¿por quién venía? ¿Qué es lo que quieres dar a e tender? ¡Ah! No. Haz el favor de hablar claro. Te lo rueg

IRENE.—¿Tienes mucho interés en que hable claro?

LUCIANO.—¿Yo? Naturalmente.

IRENE.—Bueno; pues yo no. Lo único que estoy dispues a decirte es que Gerardo es el más formal y el mejor de lo muchachos.

LUCIANO.—Mira: en primer lugar... *(Deteniéndose de pro to. A Gerardo.)* Gerardo, déjanos solos.

GERARDO.—En seguida, papá, en seguida. *(Vase.)*

ESCENA XIII

IRENE y LUCIANO.

LUCIANO.—¿A ti te parece bien lo que haces desautorizán dome? Cuando yo me permito hacer una observación a mi hijo cuando le afeo su conducta...

IRENE.—¿Estás seguro de que esa mujer venía a ver Gerardo?

LUCIANO.—¡Claro que sí!

IRENE. *(Mirándole.)*—¿Seguro? ¿Seguro?

LUCIANO. *(Indeciso.)*—Sí...

IRENE.—¿Lo jurarías?

LUCIANO.—Es que yo... Pero, bueno, después de todo, lo que puedo asegurar es que, por mi parte, yo no tengo nada que ver con esa mujer.

IRENE. *(Fingiendo indiferencia.)*—¡Bah!

UCIANO. *(Inquieto.)*—Supongo que me creerás.
ENE.—Como quieras. Yo no te he hecho jamás escenas
elos.
UCIANO. *(Después de una pausa.)*—Sí, es verdad. ¿Pero
qué no me las haces?
ENE.—No sé; porque no las siento.
UCIANO. *(Serio.)*—Irene, me estás haciendo mucho daño.
RENE. *(Escéptica.)*—Daño a ti...
UCIANO.—Entonces, ¿qué? Si yo te engañara, ¿a ti no te
ortaría?
RENE.—Reconoce que si así fuera resultaría muy cómodo
a ti.
UCIANO. *(Aterrado.)*—Estás desconocida. Eres otra mujer.
RENE.—Es posible. ¿Pero cuál de los dos ha cambiado más?
UCIANO. *(Protestando.)*—¡Oh! ¡Yo, no! Te lo juro. *(Pau-*
Reconozco que desde hace algún tiempo te he tenido un
abandonada. Perdóname. Desde ahora te aseguro...
RENE. *(Fingiendo indiferencia.)*—No hablemos de eso. No
la pena. En tanto el pobre Gerardo andará por ahí den-
aburrido.
UCIANO. *(La mira y calla.)*—Está bien. Vete a hacerle
pañía.
RENE.—¿Vienes tú también?
UCIANO.—Ahora voy. *(Vase Irene. Queda Luciano en es-*
a y se deja caer en un sillón.)

ESCENA XIV

LUCIANO y ESTEBAN.

ESTEBAN. *(Viste de frac.)*—¡Cu! ¡Cu! ¡Ya estoy aquí!
LUCIANO.—¡Ah! Eres tú.
ESTEBAN.—¿Cómo? ¿Pero no estás vestido todavía? ¿Has
idado que esta noche cenamos con...?
LUCIANO. *(Levantándose.)*—Ya lo sé. Y llegas a tiempo.
o sabes bien lo a tiempo que llegas! Cenaré contigo.
lama.)
ESTEBAN.—¿Y no te vistes?
LUCIANO.—No. Ya no tengo tiempo. Quiero que nos lar-
emos de aquí en seguida. ¡Si supieras las ganas que tengo
alegrarme esta noche!
ESTEBAN.—¡Hombre! Ese programita no me parece mal.
LUCIANO. *(A JULIÁN, que entra.)*—Tráeme el gabán y el
mbrero. *(Vase Julián.)* Como lo oyes. Esta noche la vamos
coger. ¡Digo si la vamos a coger! ¿Quiénes cenan con nos-
os?

ESTEBAN.—Durán, su amiga, Lola la bailarina... (*A*
JULIÁN *con el gabán y el sombrero de Luciano.)*
LUCIANO.—Gracias. *(Vase Julián.)*
ESTEBAN.—Pero date prisa, porque se nos va a hacer t
Primero tomaremos el vermut en Maxim's o en el Bo
(Luciano no quita la vista de la puerta por donde sal
Gerardo, primero, e Irene, después. Se le ve que no se
de a marcharse.) ¡Anda, hombre, muévete!
LUCIANO. *(Después de una pausa.)*—No. *(Se quita e*
bán.) No. Vete solo.
ESTEBAN.—Bueno. ¿Pero te reunirás luego con nosotros
LUCIANO.—No. Me parece que no.
ESTEBAN.—¿Pero qué tienes?
LUCIANO.—Esteban, tengo..., ¡tengo tristeza!
ESTEBAN. *(Sonriendo.)*—¿Tristeza? ¿Tú triste?
LUCIANO. *(En voz baja.)*—Sí, yo.
ESTEBAN. *(Sonriendo.)*—¿Por qué? ¡Bah! Tu hijo te h
castigado. Habrás hecho alguna diablura.
LUCIANO. *(Emocionado.)*—Eso mismo que acabas de dec
He hecho una tontería. Y mi hijo me ha castigado.
ESTEBAN. *(Asombrado.)*—¡Pobre Luciano! *(Le conten*
y se convence de que le ha hablado seriamente.) Me lo fi
desde el primer momento. Supuse que sucedería esto.
mozo que se ha atravesado de pronto en tu vida, con su
riedad grotesca, sus aires de financiero, su rigorismo...
LUCIANO. *(Suspirando.)*—Y con su juventud...
ESTEBAN. *(Sorprendido.)*—¿Eh?
LUCIANO. *(Sonriendo.)*—Tú no sabes lo que su presencia
ha envejecido.
ESTEBAN.—¡Vamos, hombre! No digas tonterías. Nunca
sido más joven.
LUCIANO.—No, no. He querido probarme a mí mismo
lo era y... *(Un silencio.)*
ESTEBAN.—¿Pero quieres decirme qué te pasa?
LUCIANO. *(Tratando de sonreír.)*—¡Oh! Una cosa muy g
ciosa, querido Esteban... Me había parecido que ese muc
cho, por su seriedad, era mi padre. Y me lo creí. Y qu
representar otra vez en la vida el papel de hijo. Divertir
Hacer el chiquillo.
ESTEBAN.—Sí, sí. Ya sé...
LUCIANO.—¡Qué bobada! Es tonto quererse engañar. Aca
de enterarme de que el más joven es él.
ESTEBAN.—¡Valiente descubrimiento!
LUCIANO. *(Pausa. Melancólico.)*—Y no es eso lo malo.
peor es... que Irene piensa lo mismo que yo...

ESTEBAN. *(Protestando.)*—¿Qué dices? Supongo que no se- capaz de sospechar...

LUCIANO. *(Con viveza.)*—¡Oh, no! No hay nada equívoco re ellos. Son inocentes. Son dos chiquillos. Ellos, sí. Lo son verdad. Pero existe un peligro... Irene...

ESTEBAN.—No puede ser. Tú te engañas.

LUCIANO.—Daría lo que me pidieran por estar seguro.

ESTEBAN. *(Pausa.)*—¿Pero qué vas a hacer?

LUCIANO.—¡Oh! Yo sé bien lo que voy a hacer. Tengo una a. *(Dirige una mirada a la puerta.)* Voy a representar a comedia, una comedia inocente. Puede que me haga salir dudas. Vete, Esteban.

ESTEBAN.—Entonces... ¿no nos acompañas esta noche?

LUCIANO.—Me parece que no.

ESTEBAN.—Yo te espero de todos modos, por si acaso, ¿sa- s?

LUCIANO.—Es posible. Pero sería mala señal. *(Le da unas lmadas en la espalda.)* Anda, Esteban, vete. Déjame solo. jame. *(Vase Esteban.)*

ESCENA XV

LUCIANO; luego, GERARDO.

(Luciano queda abatido. Reflexiona. Como si adoptara una solución, se acerca rápidamente a la puerta y llama.)

LUCIANO.—¡Gerardo! *(Entra GERARDO.)*

GERARDO. *(Asustado al verlo.)*—¡Eh! ¡Dios mío! Papá, ¿qué nes?

LUCIANO.—¡Calla! Habla bajo. *(Pausa.)* Ven aquí.

GERARDO.—Me asustas.

LUCIANO.—¡Calla! Lo que tengo que decirte quiero decír- lo de prisa. No me interrumpas. *(Le coge la cabeza con las anos.)* ¿Me oyes bien?

GERARDO.—Sí, sí. Dime, por Dios.

LUCIANO.—Mira, Gerardo... En este momento Julián está ciéndome el equipaje. Me marcho ahora mismo.

GERARDO.—¡Que te vas!

LUCIANO. *(Bajo y rápidamente.)*—¡Cállate! Me voy y no lveré más. *(Pausa.)* Tú no esperabas esta noticia, ¿eh? No porta. Lo que quiero es que ante todo tú no te acuses nun- de tener la menor culpa. Es posible que tu llegada a esta sa, tu ingerencia en nuestra vida, haya precipitado las co- s; pero este momento tenía que llegar tarde o temprano. el momento llegó. *(Silencio.)*

GERARDO.—No te comprendo. ¿Qué quieres decir?

LUCIANO.—Yo sé que tú has hecho cuanto has podido para

que Irene y yo fuésemos dichosos. Has obrado torpemen pero con buena voluntad. Lo sé. Ahora que yo soy ya vi para volver a la escuela y escuchar las lecciones de un ma tro tan joven como tú. *(Gerardo baja la vista.)* En fin, a rremos palabras. A pesar de tus precauciones, yo he co nuado viéndome con una antigua amiga. Sí. Con una que ni siquiera sospechabas que existía... A pesar de tu vigil cia, ella acaba de telefonearme... Ya está en la estación Me espera... Nos vamos los dos juntos. *(Pausa.)* Compr delo... Yo no he nacido para el matrimonio, no sirvo para vida de familia... *(Melancólico.)* Y aunque así no fuera Aunque me enterase ahora de que me he equivocado... se ya demasiado tarde...

GERARDO.—¿Demasiado tarde? ¿Por qué demasiado tarde

LUCIANO. *(Después de una pausa, mirándole.)*—¡Porq Irene ya no me quiere...!

GERARDO. *(Aterrado.)*—¡Cómo puedes decir semejante cos

LUCIANO.—Porque sé que la he tenido un poco abandonada Yo me entero ahora de lo distintos que son nuestros carac res... Ella, también se da cuenta de que yo no soy tan... t formal... como la gustaría que fuese... *(Gerardo vuelve rostro. Luciano le observa, y luego, suavemente, le coge barbilla y le obliga a volver el rostro hacia él.)* Confiésalo ¿Fuiste tú...? ¿La dijiste tú la verdad?

GERARDO. *(Avergonzado.)*—Perdóname, papá... Ella cens raba mi conducta, y esto me daba vergüenza...

LUCIANO.—Lo había adivinado... *(Pausa.)* No... No te gua do rencor... *(Otra pausa.)* Y lo que son las cosas... tienes q ser tú quien la digas que me he marchado.

GERARDO.—¡Oh, no!

LUCIANO. *(Enérgico.)*—Sí... Compréndelo... Yo... no p dría... *(Pausa.)* Me sería muy doloroso convencerme por m propios ojos—como tú podrás ver—que a Irene mi marcha la causa pena...

GERARDO.—Te equivocas, papá... ¡Te lo juro!

LUCIANO.—De sobra sabes que no... *(Coge el gabán y sombrero.)*

GERARDO. *(Aterrado.)*—No, no... ¡Por Dios, no te vayas. Es preciso que no te vayas... Espera... ¡Te lo suplico!

LUCIANO. *(Observándole.)*—¿Para qué?

GERARDO.—¡No te vayas! Espera...

LUCIANO.—Está bien... *(Pausa.)* Pero con una condición. ¡Que no me traicionarás! ¿Lo oyes? *(Pausa.)* Es menest que hagas creer a Irene... que yo me he marchado. ¿Lo h rás? *(Gerardo hace un signo afirmativo con la cabeza. Va Luciano.)*

ESCENA XVI

GERARDO; en seguida, IRENE.

GERARDO. *(Solo.)*—¡Será posible! ¿Que ella no lo sentirá?
IRENE. *(Entrando.)*—¿Está usted hablando solo?
GERARDO.—¡Irene...! *(Se acerca a ella.)* Irene...
IRENE.—¡Qué atroz! ¡Qué aire tan melodramático!
GERARDO.—Irene... No se ría usted... No se ría...
IRENE. *(Seria.)*—¿Por qué? ¿Qué pasa?
GERARDO.—¡Irene!
IRENE.—Pero, ¿no va usted a salir de ahí? ¿Qué ocurre?
GERARDO. *(Brutalmente y observándola.)*—Irene... Papá ha ído... Ha huido con una mujer... Con su amante... Se va la abandona a usted para divorciarse... *(Irene le escucha decir nada.)* ¿Lo oye usted?
IRENE. *(Impasible, en apariencia.)*—Pero... ¿eso es verdad? ¿Es verdad? *(Gerardo afirma con el gesto.)* ¡Ah! *(Se deja er en un sillón.)*
GERARDO. *(Desesperado.)*—¡Oh!... ¿Y no se desespera us- d? ¿No llora? ¡La digo a usted que se ha ido para siempre... e la abandona... y no llora usted!
IRENE. *(Nerviosa, cada vez más exaltada.)*—¿Que se ha o? ¡Que se ha ido! ¡Vamos, hombre! Ya estará usted con- nto... ¡Porque la culpa de todo la tiene usted!
GERARDO.—¿Eh? ¡Yo!
IRENE.—¡Usted! ¡Usted, que le ha hecho la vida imposible! sted, que le ha privado de todas sus alegrías... Usted, que venido a darle lecciones de moral... ¡Dar lecciones un hijo su padre! ¡Usted, qué va a ser un hijo! ¡Es usted un fiscal! n aguafiestas...! ¡Con su puritanismo y sus ridículas pu- bundeces podía usted haberse quedado allá en América...!
GERARDO. *(Loco de alegría.)*—¿De veras, Irene? ¡Le quie- ! ¡Le quiere usted!
IRENE. *(Sin escucharle.)*—¡Y pensar que yo le ayudaba a ted! ¡Tonta de mí! Porque, si no, seguramente no se hubie- marchado... Estaría aquí... aquí...
GERARDO.—¡Gracias, Dios mío! ¡Le quiere! ¡Le quiere!
IRENE.—Tanto como le odio a usted... Sí... sí... ¡Le odio a ted!
GERARDO.—¡Qué alegría! ¡Ah! ¡Qué miedo he pasado! *(Ire- llora.)* Querida mamá... Ahora... ¡ahora sí que la quiero!
IRENE. *(Sin escucharle, llorando.)*—Pero, ¿por qué se ha archado? ¿Por qué? ¡Si no es posible! No, no... No es ver- d... No se ha marchado... El sabe que este golpe me ma- rá... No es posible, no... (LUCIANO *entra. Irene lanza un*

grito. El abre los brazos y ella se arroja en ellos.) ¡Ingra ¡Malo...! *(Pausa.)*

GERARDO. *(A Luciano.)*—¿Ves como tenía yo razón?

LUCIANO.—Perdóname, hijo mío... He representado una cena un poco fea..., lo sé... Pero quería convencerme de q estúpidamente, cobardemente, había sido capaz de matar nu tro cariño...

IRENE. *(Tiernamente.)*—¡Tonto! *(Volviéndose a Gerard* ¡Pobre Gerardo!... ¡Hay que ver las cosas que le he dicho!

GERARDO.—No, no... Si ha hecho usted bien... Ha sido m la culpa...

LUCIANO.—¡Perdóname...! Por lo visto, el diablo seguía viendo dentro de mí; pero lo que es ahora...

GERARDO. *(Enérgico.)*—Ahora, el diablo se quedará conn go, y vosotros os marcharéis... Dejadme que, por un día, si siendo aquí yo el padre... Mañana iré yo mismo a compr los pasajes, y os embarcaréis...

LUCIANO.—¿Embarcarnos? ¿Para dónde?

GERARDO.—Para Ceilán... Para las Indias... Para el J pón... Nuestra compañía tiene fábricas en todas partes... E todo el Globo tenemos intereses... Hace falta un inspector q los visite... Como ves, es un cargo de poco trabajo... Lo m apropósito para ti...

LUCIANO. *(Riendo.)*—¡Oye, niño...!

GERARDO.—¡A callar! Sigo siendo el padre yo... Conque, dicho, dicho está... ¡A viajar! A recorrer el mundo...

IRENE.—A mí ya lo creo que me gustaría... *(A Luciano* ¿Y a ti?

LUCIANO.—A mí también... Aunque, si lo haces por tem a que reincida, la precaución es inútil... Siento que la locu se va... y la juventud con ella. *(Estrechando el talle de Ir ne.)* Me es igual... Me queda la tuya... Sí, sí... Ya es hor de comenzar... *(Se detiene.)*

IRENE.—¿De comenzar...? ¿A qué?

LUCIANO.—¡A envejecer!

IRENE. *(Cariñosa.)*—No... Espera un poquito... Eso lo h remos juntos... *(Se abrazan.)*

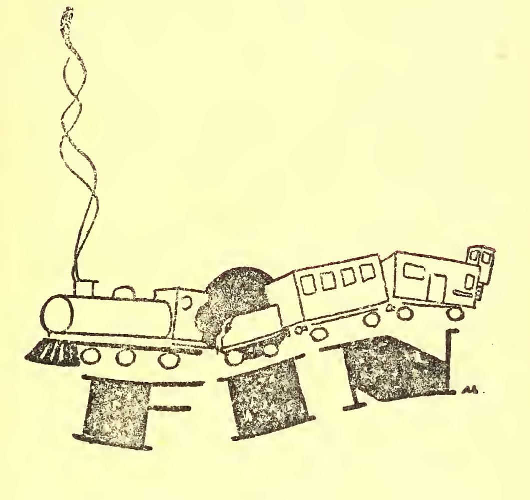
GERARDO. *(En el teléfono.)*—Passy, 22-12.

IRENE.—Pero oiga usted, Gerardo... Si nos vamos nosotro ¿qué va usted a hacer...?

GERARDO. *(Sin escucharla.)*—Sí... ¿La señorita Paquita?. ¡Ah! ¿Eres tú? *(Pone la mano delante del receptor púdic mente.)* Sí... Sí... Yo mismo... Iré luego. *(A Irene.)* Ya v usted lo que voy a hacer. Va a empezar... mi juventud...

LUCIANO.—¡Claro, hombre! ¡Hay que divertirse!

TELON


FIN

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTÍN DE PEDR

Administración: RIVADENEYRA, S. A.—Sección de Publicacion

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR 50 CÉNTIMOS

NÚMEROS PUBLICADOS

1. LA CAÑADA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, tr ducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música d maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del maest Rosillo.
5. LA CUESTIÓN ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaqu Álvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARÍA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptació escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevill y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASÓ MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, d Carlos Arniches.
13. ¡ESCÁPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidon, versió castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música d maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTÓN-MARTÍN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro
19. VÍA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio Carrere y Francisc de Pacheco, música del maestro Pablo Luna.
23. DOÑA MARÍA LA BRAVA, de Eduardo Marquina (Númer homenaje a María Guerrero).
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ÚLTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TÚ SERÁS MÍO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

0 LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de
ngora
0 EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche, música de
tullo y Fort
1 LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández
2. LA CASA DE LOS FINGOS, de Antonio Paso y Antonio Es-
mera
3. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque,
sica de Moreno Torroba
4. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinlay.
5. LA MEDALLA DE ORO, de [illegible]
6. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín
7. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
8. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernández
aw, basada en la obra de Julio Dantás "La Severa", música del
estro Rafael Millán
9. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
0. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
1. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares
as
2. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por D. Manuel
. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
3. Y VA DE CUENTO..., de Jacinto Benavente.
4. LA CAPITANA, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Ca-
ño, música de Cayo Vela y Bru.
5. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y En-
ue F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.



Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas
Paseo de San Vicente, 20. Madrid